

MANIFIESTO AUTOGESTIONARIO
Hacia un encuentro con la esperanza

Enrique González Rojo Arthur

2016

© Enrique González Rojo Arthur
Febrero 2017

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez, Ezra Alcázar y
Óscar de Pablo.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.
Fotografía: Eduardo Penagos.

@BRIGADACULTURAL

PRÓLOGO AL MANIFIESTO AUTOGESTIONARIO

Este *Manifiesto* fue escrito en el año de 2002 y no halló editor. Ante la posibilidad de publicarlo un año después, escribimos “Las palabras preliminares”. Pero también se malogró su publicación porque los posibles editores dieron marcha atrás. Ahora, por fin, tantos años después, sale finalmente a la luz. Es una gran paradoja que a un texto que aspiraba y aspira a influir en el movimiento social, y no sólo mexicano, no le fuese posible durante tanto tiempo llegar a los ojos de sus destinatarios, al menos a algunos de ellos, y haya permanecido en la clandestinidad; mas no es extraño que ocurran estas incongruencias en un país donde predomina un neoliberalismo rampante y en que la literatura opositora, sobre todo opositora de izquierda, no es bien vista por el sistema, la mayor parte de los editores y aun de un público en buena medida despolitizado y no pocas veces conformista.

El *Manifiesto Autogestionario* sigue siendo actual. En los catorce años transcurridos desde su elaboración han tenido lugar cambios innegables en la situación internacional y en la política y la economía del país; pero los problemas sustanciales permanecen, están allí, y no sólo no los hemos corregido, sino que se han agravado y, pese al descontento

de la inmensa mayoría de las personas, no hemos dado con la manera de detener la barbarie imperante.

Una relectura del texto de 2002 nos vuelve evidente que, entre las limitaciones del escrito, están el que presenta un carácter demasiado general y no alude de modo más específico a México y Latinoamérica.

En lo general, le faltan las siguientes precisiones:

1. La guerra fría — que terminó con la caída del muro de Berlín en 1989 — se ha sustituido en el presente siglo por los conflictos internacionales donde el *terrorismo* juega un papel central. Aunque éste surgió con anterioridad, el 11 de septiembre de 2001, se puede considerar como la fecha que inicia esta etapa. Vendrán después los actos terroristas de España, Londres, París, etc., para no hablar sino de occidente. Ante el salvajismo de estos hechos, no hay que dejarse llevar por los planteamientos ideológicos occidentales (norteamericanos y europeos) que identifican el terrorismo sólo con las acciones de grupos fundamentalistas (principalmente islámicos) contra la civilización, la vida y la estabilidad de los países “democráticos” del primer mundo. No. Es necesario tomar en cuenta que existen dos tipos de terrorismo: a) el *terrorismo de Estado* ejercido por los gobiernos de los países altamente industrializados que, en busca del petróleo y otras ventajas geopolíticas, han atacado a los pueblos y diezmado a enteras poblaciones inermes con el añadido de que tales acciones resultan sumamente beneficiosas para la industria armamentista de dichos países, y b) el *terrorismo de los grupos fundamentalistas* que, como reacción y venganza, han atacado a diversos países y también, como en todo acto terrorista, han ultimado a cientos de personas inocentes.

En el *Manifiesto* subrayamos que corresponde a la globalización del capital la globalización del descontento, y que éste no podrá ser un factor de cambio si no adquiere conciencia de la naturaleza del régimen que oprime a los de abajo. Un aspecto de esta toma de conciencia es, entre otros puntos, apreciar con justeza el carácter de las contradicciones intercapitalistas de índole terrorista que han tenido lugar y lo seguirán teniendo en esta primera mitad del siglo XXI. No hay, en este tema, gobiernos bien intencionados y con deseos civilizatorios mundiales y grupos malvados y fanáticos que emplean la táctica del terrorismo para matar a inocentes y vulnerar los sistemas “democráticos”. Se trata, como dijimos, del enfrentamiento de un tipo de terrorismo contra el otro. Tampoco puede ser calificado este conflicto como el choque de un terrorismo bueno contra un terrorismo malo. La nueva guerra, ya no tan fría, del terrorismo de todos colores y sabores presenta acciones imperiales y reacciones premeditadas, pero tiene como causa fundamental y última, al igual que todas las guerras, al sistema capitalista, ahora universalizado.

2. Otro tema importante que ha de incorporarse en la conciencia de los trabajadores y marginados del mundo entero en su lucha contra el capitalismo, es el hecho de que la globalización, a la que consideramos la fase superior del capitalismo, va acompañada de la concentración económica de grandes grupos transnacionales, de una volatilidad sin freno de recursos financieros puramente especulativos, de un flujo de capitales multinacionales que, movidos por la tasa decreciente de la cuota de ganancia, buscan el sitio de su mejor ubicación a lo largo y a lo ancho del planeta

y de una *dolorosa e incontenible migración de la mano de obra* que se desplaza de los países rezagados a los del *primer mundo* huyendo de la situación política, económica y social (francas guerras intestinas con intervenciones extranjeras) de sus países de origen. Los *indignados* del mundo entero han de tener en cuenta que no sólo la pobreza y la miseria crecientes que se expanden por todas partes, tienen por causa un capital en su fase neoliberal, sino que también la migración y todo lo que implica -abandono del propio país, naufragios, sufrimientos sin límite, ser víctimas del crimen organizado, discriminación, desempleo, etc., surgen por obra y gracia del capitalismo en general y del neoliberalismo en particular.

3. En el *Manifiesto* se habla de la necesidad de sustituir el capitalismo (y no sólo el neoliberalismo) por un régimen político donde se sienten las bases para la desaparición de la explotación del hombre por el hombre y el predominio de los derechos humanos fundamentales en una interpretación de ellos más cabal y justiciera. Pero el interrogante ¿con qué reemplazar la democracia burguesa? recibe una respuesta insuficiente y en un grado de abstracción demasiado general.

Cada día que pasa nos convencemos más de que la llamada *democracia electoral* —por medio de la cual se elige a los poderes ejecutivos y legislativos a nivel federal y estatal— no es la forma en que, como se dice, el *demos*, eligiendo a las autoridades, garantiza que el gobierno encarne los intereses reales de la voluntad popular. Más bien *es el mecanismo idóneo para que el sistema capitalista se reproduzca, y que lo haga con la apariencia de que no es el poder el que,*

por sí mismo, echa a andar el método ad hoc para su reproducción, sino que es el pueblo en su conjunto quien toma la decisión de cambiar ciertas cosas y personas. La democracia electoral, profundamente embustera, tiene como columna vertebral la demagogia. Para usar la vulgar terminología en boga, la lista electoral permite que un gobierno sea encabezado por individuos de “derecha”, de “centro-derecha”, de “centro-izquierda” o de “izquierda”. Pero todo este espectro de posiciones —donde son indudables las diferencias, pero *de matiz*— está circunscrito a una sola orientación política esencial: la capitalista. En EE.UU., y en prácticamente el mundo entero, ocurre lo mismo. Los candidatos a la Presidencia en el país del norte son de “derecha” (Trump), de “centro” (Clinton) y de “izquierda” (Sanders) pero ni los personeros de un extremo ni del otro —para no hablar del centro— pueden negar el régimen capital-imperialista que mañana alguno de ellos habrá de encabezar.

En México es igual: antes del 2018, cuando se perfilen los candidatos a la Presidencia, también los habrá de “derecha”, de “centro-derecha”, de “centro-izquierda” o de “izquierda”; pero ninguno, al llegar al poder, podrá ni querrá romper con la formación social-capitalista. ¿Por qué ocurre tal cosa? Porque las variantes de la estructura unificadora no sólo defienden, con la fuerza material y cultural a su alcance, los intereses de su fracción, sino los de la clase (o modo de producción) de que forman parte. Entre las diversas especies de un género común, puede haber y hay contradicciones más o menos serias, pero no puede privar entre ellas el antagonismo que se establece entre las clases o las formaciones contrapuestas.

Se dice que la *democracia electoral* debe asociarse con la *democracia participativa* y que con ello se podrá vencer la conflictiva separación entre gobernantes y gobernados. Pero si la segunda no va acompañada del derecho y la obligación de destituir al representante inadecuado o incompetente (ejerciendo la llamada *extinción de mandato*), se queda en palabrería hueca y engañosa. La llamada *democracia participativa* pretende que el ejercicio del poder no se lleve a cabo de manera puramente discrecional, sino como producto del permanente contacto entre electores y representantes, del diálogo entre ellos, de la obligación que tienen *los de arriba* de recoger y llevar a la práctica la voluntad de *los de abajo*. Pero si sólo se habla de la *democracia participativa* como una promesa que no se halla asegurada por un instrumento correctivo, se vuelve un engaño más. ¿A qué atribuir tal cosa? A que el ejercicio reiterado del mandato (y hasta la mera expectativa del él) genera intereses, corruptelas y hasta enloquecimientos tanto en el elegido por el pueblo como en el partido político al que pertenece. Pero supongamos que en algún momento y en algún sitio, tanto la *democracia electoral* como la *democracia participativa* funcionaran como idealmente suponen sus apologistas que deben funcionar, tal situación ideal se movería dentro de ciertos límites infranqueables: los que constituyen el modo de producción capitalista.

Al llegar a este punto surgen dos preguntas fundamentales: ¿cómo poner fin a la formación capitalista? y ¿con qué reemplazar la democracia burguesa en su doble sentido de democracia electoral y democracia participativa?

El primer interrogante se debería responder con la aseveración de que, no siendo posibles actualmente ni la

lucha electoral ni la lucha armada (como procedimientos fundamentales del cambio), no hay más camino que lo que hemos llamado en otro sitio la *Suspensión general de labores*. Este sería el momento en que, para decirlo como el *Manifiesto*, el *Contrapoder* desplaza al *Poder* y empieza a colocar en su lugar la *Autogestión social*.

La segunda pregunta, aunque no puede ser contestada aquí detalladamente, dada la complejidad del asunto, nos lleva al tema de la conformación sociopolítica del nuevo régimen. El *Manifiesto* afirma, repetimos, que en el momento en que al *Contrapoder* le sea dable desplazar al *Poder*, se “entroniza” el *Modo de producción autogestionario*. Éste puede asumir cualquiera de estas tres modalidades: una organización domiciliaria (o urbano-popular), una organización laboral o una organización mixta. Las tres tienen en común, ya lo dijimos, ir de abajo arriba y de la periferia al centro.

Nuestra propuesta rechaza tajantemente el modelo de la llamada *democracia directa* —por medio de la cual se pretende que el pueblo elija a sus más altos mandatarios sin instancias intermedias— debido a que, en la supuesta elección directa de los tres poderes, no son en realidad los electores los que eligen libremente a sus representantes sino, vía la imagen idealizada de los candidatos que se crea a través de los medios de comunicación, son los partidos los que “eligen” o seducen a sus electores, para no hablar de la compra del voto, las presiones, las amenazas, etc.

La elección de representantes, basada en la *democracia centralizada*, sería por instancias e indirecta, como se explica en el texto, o, si se prefiere, directa de instancia a instancia

yendo de abajo arriba, pero indirecta respecto a las instancias mediatas. La elección *por instancias* puede ser profundamente antidemocrática si cada una de ellas no poseyera el derecho y la obligación de controlar a sus representantes — por medio de la remoción— cuando no actúen correctamente, es decir, cuando no asumen la voluntad de su organismo de base y los intereses de la agrupación en su conjunto.

Con cualquiera de estas formas se evitarían en México las elecciones sexenales e intermedias con todas sus variantes y los muchísimos inconvenientes que acarrea la política electoral: un gasto exagerado y dispendioso del INE y el Tribunal Electoral en un país con tanta miseria como el mexicano, la inversión en propaganda electoral —que deviene basura en cantidades monstruosas— y una lucha canibalesca entre los partidos políticos.

Estamos convencidos de que el presente *Manifiesto* no puede realizarse de manera mecánica, al margen del espacio geográfico y del tiempo histórico. Tiene que servir de guía, adaptarse a cada país, nacionalizarse y, sin perder su esencia, modificarse en tal o cual detalle para coadyuvar a la reorganización de la sociedad. Sin dejar de tomar en cuenta lo expresado, no nos cabe la menor duda de que este *Manifiesto* es tan actual hoy en día como en los años en que fue escrito, como ya dijimos. O tal vez más. Las ideas contenidas en él no pueden ser llevadas a cabo de la noche a la mañana, necesitan más bien ser difundidas, madurar, convertirse en una opción familiar a los trabajadores y a las víctimas del sistema capitalista. La apariencia de que se trata de un planteamiento utópico e irrealizable, es eso: una apariencia. El régimen capitalista, como se dice en el

texto, crea las condiciones para su destrucción. La indignación crece. La rebeldía está en el corazón y a veces en las manos de las mujeres y hombres humillados, ofendidos, expoliados por este sistema monstruoso e irracional. Desde el momento en que redactamos este escrito hasta hoy, ha habido muchos cambios en el mundo, en América Latina, en México. Pero estos cambios han beneficiado, en general, a los oligarcas, los financieros, los políticos oportunistas, los granujas de toda laya. Algunos países han pretendido escapar del capitalismo salvaje y han querido crear regímenes post-neoliberales (como varias naciones de Latinoamérica) pero han caído en el error, para no hablar de algo más grave, de hacer creer a sus pueblos que el capitalismo de Estado y el *idearium* populista que anima su acción, es “el socialismo del siglo XXI”. Estamos convencidos de que si continúan por ese camino acabarán por desactivar la energía revolucionaria que caracteriza en este momento a sus pueblos y arrojarlos de nuevo al capitalismo salvaje y a la dependencia del imperio. La terapia contra estas desviaciones está en la fuerza popular, en su organización, en su autonomía y, por consiguiente, en los planteamientos de un socialismo autogestionario. Otro tanto hay que decir de países como México, Colombia, Perú, etc. En estas naciones la indignación y el descontento se hallan al parecer en un callejón sin salida. No se ve cómo salir del laberinto. Los reformistas no dan pie con bola. La recuperación de la esperanza no está ni en los pregoneros de la lucha armada ni en los exaltadores de la pugna electoral. Está en la *Suspensión General de Labores* hasta acceder al desplazamiento del *Contrapoder* por la *Autogestión*.

PALABRAS PRELIMINARES

El presente *Manifiesto Autogestionario* está escrito antes de la invasión de EE.UU. y la Gran Bretaña a Irak, que se inició, como se recordará, el 20 de marzo de 2003. Al momento de redactar estas palabras, todo hace pensar que la tormenta belicista —que tiene conturbado al mundo entero— está lejos de disiparse y no nos permite hacernos por ahora una idea precisa de los alcances y consecuencias de un conflicto de tamaña envergadura. Ya vendrá el tiempo en que podamos analizar con mayor profundidad el parte-aguas histórico que, al parecer, se gesta en los momentos actuales. Pero, a riesgo de equivocarnos, creemos en la conveniencia de dar inicio al análisis impostergable de lo que pasa y reflexionar sobre la probable transformación radical del mundo que acarrea la crisis centrada nuevamente en el Golfo Pérsico.

Tal vez haya muchas maneras de emprender esta reflexión. Quizás existan diversas *vías de acceso* para empezar a entender el significado de esta guerra y el cambio en la correlación de fuerzas que supone. Nosotros tenemos a la mano una metodología que se deduce del texto que se publica en este libro, y convencidos, como estamos, de su pertinencia, creemos que nos puede ayudar a orientarnos teóricamente en medio de la confusión reinante.

Si tomamos en cuenta el modelo, las categorías y las propuestas que se infieren de nuestro escrito, el campo teórico propuesto es el siguiente, dicho de manera esquemática:

* El capitalismo, por ser un régimen basado en la explotación, está condenado a generar su enemigo de clase. El capital globalizado no puede menos de gestar un enemigo de clase globalizado.

* La globalización engendra además bloques económico-políticos diferenciados y guerras. Varios países capitalistas son también imperialistas. El imperialismo norteamericano es el más poderoso de todos.

* El capitalismo globalizado —y en especial el imperialismo— crea los motivos que conducen a organizarse y luchar.

* Para combatir el capitalismo no basta la existencia de una enorme clase trabajadora y un número cada vez más grande de oprimidos por este sistema. No es suficiente la mera protesta y el conjunto de luchas que no logran trascender la lógica capitalista. Es necesaria una toma de conciencia que conduzca a orientar esas luchas hacia la destrucción del poder capitalista.

* En relación con el punto precedente, conviene subrayar que se precisa combatir no sólo contra el imperialismo, sino contra el capitalismo, no sólo contra el capitalismo salvaje, sino contra el “civilizado” y ello es de tal modo porque el capitalismo lleva en sí indefectiblemente la posibilidad del imperialismo y el capitalismo “civilizado” acaba de común por degenerar en capitalismo salvaje. Aunque sea de manera sucinta, examinemos, a la luz de estos planteamientos, la guerra angloestadounidense contra Irak y las consecuencias que parecen materializarse a partir de ella.

Hablemos en primer término de los bloques. En el *Manifiesto Autogestionario* se afirma que así como la libre com-

petencia engendra el monopolio — o, podríamos añadir, la dinámica competitiva del capital genera la concentración —, la globalización no puede dejar de dar a luz bloques (aliados, ejes, coaliciones). Estos bloques no son inalterables y definitivos. Al principio parecían coincidir con su ubicación geográfica: EE.UU. (con el dólar como moneda), Europa (con el euro) y Japón (con el yen). Pero, desde antes de la destrucción de las “torres gemelas” (11 de septiembre de 2001), EE.UU. diseñó una política de extrema agresividad que, con la invasión a Irak, ha conducido a una reagrupación de los países capitalistas y a la formación, al parecer, de nuevos bloques o por lo menos de diversos agrupamientos circunstanciales. Con la *coalición* de EE.UU. y la Gran Bretaña han cerrado filas España, Italia, Japón y varios países más. Pero Francia, Alemania, Rusia, China, etc., han guardado distancia respecto a la política filibustera encabezada por los norteamericanos, que los ha llevado a actuar al margen de la ONU y cualquier otra institución multilateral.

La política imperialista de la llamada *coalición* ha despertado el repudio de todos los pueblos. Es un ejemplo claro de cómo el imperial-capitalismo da pie a un movimiento de protesta globalizado. Las manifestaciones en contra de la guerra estallan en prácticamente todo el mundo. Especialmente pujantes y tumultuarias son las marchas y mítines antibelicistas en los países cuyos gobiernos se han aliado al de George W. Bush, como Inglaterra, España, Italia, etc. Las protestas en los propios EE.UU. no son nada desdeñables. Y el avasallador estallido anti-imperialista continúa...

Las premisas inmediatas de este movimiento pacifista, en lo que a la lucha popular se refiere, las podemos de-

tectar en la llamada lucha antiglobalizadora o, mejor, en la insurgencia vinculada con el Foro Social Mundial. En no pocas ciudades el combate actual a favor de la paz ha reasimilado las pugnas precedentes contra el neoliberalismo, las transnacionales y el propio sistema capitalista. Es de subrayar, sin embargo, que la lucha por la paz y por atarle las manos al imperialismo, aunque necesaria e impostergable, no trasciende los límites de la lógica capitalista. Y hay que afirmarlo con toda contundencia: es indispensable romper con esta lógica porque, en el régimen capitalista —y más cuando se halla globalizado— *encontramos la causa primordial de las guerras modernas*. La lucha por la paz tiene que ser, por eso, un resuelto combate contra las causas esenciales que periódica pero incesantemente la conturban y traicionan. La lucha por la paz congrega a muchas personas; no sólo a las víctimas de la guerra y a los amenazados por ella —por ejemplo los países enlistados en el “eje del mal” del que hablan los mandatarios estadounidenses— sino a multitud de individuos, con independencia de la raza, la religión, el género, la edad y las diferencias de recursos económicos. En el momento en que una turbulencia social como ésta, o alguna otra, caiga en cuenta de que las guerras hoy en día no surgen, en esencia, de conflictos de personalidad, de espíritus nacionales o religiosos o de motivos éticos, probablemente no se resignará a la pugna por frenar, detener y erradicar la guerra, sino tratará de buscar y construir las condiciones *sine qua non* de la *paz perpetua* (Kant). Para luchar contra la guerra y contra las causas que la engendran o posibilitan, se necesita una *teoría de las diferentes prácticas* requeridas para llevar a cabo tal empeño.

El presente *Manifiesto Autogestionario* es un intento de meditar cuidadosa y detalladamente sobre estas prácticas, y su intención, como la de otros textos que están viendo la luz en este momento, es poner su granito de arena en lo que los clásicos del pensamiento social llamaban la humanización del hombre.

INTRODUCCIÓN

No se puede ser optimista si no se tiene otra visión del mundo que la del corto plazo. Desde el punto de vista de la emancipación del trabajo o de la liberación del hombre, el presente y el futuro inmediato parecen no ofrecer asidero alguno para la esperanza. Aún más. En los tiempos que corren, el optimismo es una flor exótica que, sin una profunda raigambre que la sostenga, puede venir al suelo al primer golpe de viento. Pero podemos llegar a conclusiones muy diversas si tomamos en cuenta que es algo muy distinto el tiempo individual (o biográfico) o el tiempo de una generación, que el tiempo histórico. Este último no se detiene en la ceguera del corto y hasta mediano plazo, sino que, encaramado en la atalaya privilegiada del mirar filosófico, puede ver, adivinar o aprehender algo que la inmediatez se ocupa en ocultar y oscurecer.

Esta visión a largo plazo nos convence que la humanización del hombre es posible. Difícil, sí. Dolorosa, ciertamente. Demandadora de un inimaginable caudal energético, qué duda cabe. Pero ella supone hacer a un lado el escepticismo pesimista derivado de una visión histórica de cortas miras, a favor de un encuentro con la esperanza que

proviene de la convicción de que el capitalismo globalizado a la larga generará —ya lo está haciendo— su sepulcero potencial o que la *acción* del capitalismo mundializado será acompañado, en un período amplio de la historia, por una *reacción* de signo contrario.

Partamos de este punto: entre la etapa actual y la fase histórica de la desenajenación —en que el poder sea desplazado por el contrapoder o el modo de producción capitalista por el modo de producción autogestionario— hay una enorme oscuridad (o, para decirlo con una metáfora, un enorme “hoyo negro”). Esta oscuridad, esta impenetrabilidad del porvenir condiciona dos posiciones contrarias (que mantienen vasos comunicantes invisibles):

Favorece la ideología apologético-justificatoria de la economía vulgar, la prédica-ilusión de que vivimos en el mejor de los mundos posibles y la idea de que la historia —con la globalización capitalista— da un frenazo, abandona los saltos y se limita a estar reproduciendo *ad aeternum* sus condiciones de existencia.

Propicia el pesimismo, el desencanto, el escepticismo a ultranza de quienes querrían el cambio. Sobrecogidos por el “hoyo negro”, convencidos de que una manera sobria de ver el futuro inmediato y no tan inmediato lleva a romper lanzas con el optimismo (que no es —piensan— sino un dogmatismo idealizado por el deseo) tienden a identificar optimismo e ingenuidad. Hay algo, sin embargo, en que no reparan (o que de advertirlo, no logra moverles de su posición) y que resulta importante señalarlo: el régimen se beneficia del escepticismo porque es desmovilizador. La ideología capitalista no sólo pretende que las masas vean

con simpatía su sistema, sino que, cuando no lo logra, predomine por lo menos en ellas el escepticismo. *El poder cuenta con éste para seguir existiendo.*

El “hoyo negro” puede ser avistado por una mirada penetrante. Debe ser aluzado, puesto frente a reflectores, potentes bujías o por lo menos lámparas de mano. No con la ilusión de verlo todo y poder prever paso a paso, con un detallismo doctrinario y pedantesco, la vía que a su través conduce a la liberación, sino en el de examinar con detenimiento *si el capitalismo, en esta fase de su desarrollo, y en las sub-etapas que seguramente las seguirán, crea la posibilidad de transitar a un régimen post-capitalista — el modo de producción autogestionario — o simple y llanamente lo impide e imposibilita para siempre.*

La historia, la práctica, los acaecimientos cotidianos empiezan a responder a la pregunta. Pero esta respuesta incipiente se halla entremezclada con tal cúmulo de infortunios, injusticias, guerras, terrorismo de diferentes signos, destrucción del medio ambiente, etc., que difícilmente puede ser escuchada y convertida en instrumento teórico que coadyuve a la acción.

¿Qué podemos decir sin embargo, sobre esta primera iluminación de la oscura galería de lo porvenir?

Pocas cosas, en verdad, pero significativas:

1.1) Que el sistema capitalista, al globalizarse y tender a la mundialización, crea un proletariado —viejo y nuevo— que *podría ser* el sujeto histórico esencial de la *destrucción* del capitalismo y de la simultánea *construcción* de un

régimen de autogestión social. No hay que cantar, no obstante, victoria, porque se trata de un sepulturero *potencial*, no *actual*, o de una clase trabajadora *globalizada*, sí, pero *integrada y enajenada*, en mayor o menor medida, según regiones y países, al sistema capitalista.

1.2) Que el capitalismo actual no sólo crea el *ejército potencial de lucha* contra el sistema imperante, sino los motivos, las razones los impulsos y necesidades en los trabajadores para desintegrarse del sistema, reorganizarse y luchar primero aislada y luego conjuntamente o de manera defensiva en su inicio, y de modo ofensivo después.

1.3) Que el movimiento actual no parte de cero. Tanto teórica como prácticamente, hay multitud de experiencias del pasado que conviene recordar, desempolvar, poner al día.

La iluminación del “hoyo negro” no puede basarse única y exclusivamente en lo que “nos deja ver” la experiencia inmediata. La esperanza surgida de estos hechos y experiencias, si es que surge, está prendida de alfileres. La práctica teórica no puede ser rebajada o constreñirse a los primeros datos, fuertemente empíricos, de la reflexión. A los elementos mencionados con anterioridad sobre los condicionamientos favorables para el surgimiento revolucionario, debe ser añadida *una teoría que esclarezca, en sus aspectos fundamentales, la vía para la humanización del hombre*. Si unimos, en efecto, al hecho de que el capital crea un proletariado universal, genera los motivos para organizarse y dar la lucha, y despierta la necesidad de recuperar y modernizar experiencias y planteamientos del pasado, una teoría que *convierta en objeto de reflexión precisamente las posibilidades y requisitos necesarios para luchar contra el capita-*

lismo, se nos aclara un poco más el oscuro proceso de la acción revolucionaria.

Las primeras reflexiones nos hablan de que el capitalismo engendra *cuantitativamente* su destructor potencial; pero hay que convenir en que, pese a empujar a muchos individuos y grupos a la acción, no genera *cualitativamente* un proletariado consciente y bien orientado en la lucha. El capitalismo no es el *politizador* de la clase, sino su principal obstáculo tanto desde el punto de vista material como bajo un aspecto espiritual-ideológico.

Hay que echar a andar, pues, la práctica teórica, convertirla en instrumento de lucha. La teoría, esta teoría, debe guardar distancia respecto a la *vulgaridad teórica* de los neoliberales y capitalistas en general (los “salvajes” y los “civilizados”) y respecto al *romanticismo teórico* de muchos “enemigos” de la globalización.

Una práctica así, puesta en acción, y con los resultados que vaya presentando, nos permite ir *hacia un encuentro con la esperanza* (como reza el subtítulo de este *Manifiesto*), nos da armas para luchar contra el desencanto y el no ver salidas, que son unos de los impedimentos fundamentales para que el sepulturero potencial devenga actual y se convierta en *Contrapoder* y se creen las bases para el tránsito de la sociedad capitalista al Modo de Producción Autogestionario.

A. REVOLUCIÓN Y REFORMA

En apariencia, vivimos una época histórica en que la esperanza, herida y maltrecha, se halla a punto de exhalar su último suspiro. Al parecer, el fantasma que hoy recorre

el mundo es, ay, el desaliento. Los capitalistas y todos sus modernos comunicadores, ideólogos y testaferros, dan por liquidado el ideal socialista y hacen creer al pueblo, porque no dejan de influir en él, que el anhelo de emancipación y la apasionada lucha por humanizar al hombre, son propósitos contruados con el material ilusorio de los sueños, que se han quedado para siempre ubicados en el pretérito. ¿Esta impresión corresponderá a la realidad? ¿Vivimos en un mundo huérfano de utopías? ¿Se hallará globalizado el pesimismo?

Hace ciento cincuenta y cuatro años se publicó el *Manifiesto Comunista*. Los autores de este documento histórico, tan decisivo e influyente, examinan críticamente el sistema capitalista en ascenso y, aunque no dejan de destacar los elementos progresivos que lo acompañaron en su proceso de realización, ponen de relieve sus limitaciones y el enlizado negro de atrocidades inherentes a su naturaleza. El diagnóstico de este capitalismo todavía incipiente, pero vigoroso y pujante, lleva a sus autores al convencimiento de que, para sus víctimas — que rápidamente van conformando la mayoría de la sociedad — no existe otra salida que la revolución, una revolución realizada fundamentalmente por los que, con ella, no tienen otra cosa que perder sino sus cadenas, y a quienes se abre así el promisorio mundo de la emancipación.

Ha corrido mucha agua, en verdad, desde que salió a la luz pública el *Manifiesto*. El capitalismo no sólo no ha sido eliminado, sino que, con algunas excepciones, está en todas partes. Este sistema inhumano e irracional, que nació en Europa, y hace apenas un puñado de siglos, se ha

adueñado del mundo, se ha entronizado en los cinco continentes, se ha revelado como el sistema con mayor poder de conquista que registra la historia humana. Pero en este proceso de expansión, el sistema capitalista está lejos de haberse sacudido el conjunto de caracteres —como la explotación, el dominio imperial, las guerras, la miseria— que ineludiblemente forman parte de su esencia. Es un capitalismo corregido y aumentado. Que ha sufrido cambios, es innegable. Que en algunos aspectos se ha diferenciado de su forma de pensar, sentir y actuar, como lo hace el viejo con el joven que fue, es un hecho palpable. Pero sigue siendo el mismo y sus manos continúan manchadas de sangre. La salida no puede ser, por consiguiente, sino la misma que preconizaba el *Manifiesto*: la *revolución*.

Pero antes de mostrar cómo concebimos esta última, y de subrayar las diferencias, si es que existen, con la forma en que la inteligían los socialistas decimonónicos, creemos conveniente aclarar el título del escrito presente. De la misma manera que Marx y Engels (en vísperas del conjunto de revoluciones que, en 1848, estallaron en varias de las ciudades europeas) decidieron llevar a cabo un examen crítico del régimen sociopolítico imperante, mostrar sus leyes de tendencia y analizar las posibilidades de su desaparición —con el surgimiento histórico de su *sepulturero*: el proletariado—, creemos necesario hacer otro tanto respecto al modo de producción capitalista que existe hoy en día. Necesitamos un *Nuevo Manifiesto* que analice la verdadera fase superior del capitalismo —que es la globalización—, estudie su situación actual y sus leyes de tendencia, recapacite si el capitalismo en proceso de mundialización del presente

está creando o no su *sepulturero* y si es posible y conveniente volver a pensar en una *revolución* que trascienda la formación capitalista.

Existe la idea muy extendida de que toda revolución tiene que ser forzosamente violenta. Ante este lugar común, resulta adecuado hacer una diferencia entre la revolución en cuanto tal y los medios para acceder a ella. La revolución es el cambio de sistema, el tránsito de un modo de producción y de vida a otro, y los medios para alcanzar ese fin son violentos o pacíficos, hablando desde el punto de vista de la posibilidad abstracta. Se puede estar de acuerdo tal vez en la necesidad de que, viviendo en el capitalismo, surja una revolución que nos conduzca a la otra orilla: a un mundo donde se inicie el complejo proceso de la desenajenación. Se puede estar de acuerdo en esto; pero las diferencias hacen acto de presencia tan pronto nos preguntamos: ¿cuál de las dos vías, la pacífica o la violenta, es el camino posible para dar con la tierra promisa de la emancipación? La vía pacífica no puede ser. Los intereses creados y el cerco inexpugnable que tienden en torno al poder, se oponen a ello. El régimen republicano dice tener un dispositivo — el electoral — por medio del cual se expresa la voluntad popular, y que, si fuera el caso, el deseo popular de trascender el régimen capitalista podría hacer uso de ese instrumento y dar a luz, en y por los comicios, el proceso revolucionario de cambio de sistema. Pero en todo esto hay un cálculo bien definido: quienes acuden a las urnas están perfectamente adoctrinados por el *smog* ideológico predominante para no pedir o exigir nada que se instale en el más allá de la economía de mercado, la heterogestión

organizativa y la reproducción del capital. La ideología hegemónica no puede ser sino la de la clase que ejerce, con el poder, dicha hegemonía. Quienes escapan de la regla de la manipulación no son sino excepciones que confirman el papel predominante de la regla. ¿El tránsito pacífico hacia un régimen post-capitalista se hará echando mano de una educación alternativa? La educación masiva requiere de recursos económicos que tienen que provenir del Estado, y este último no puede, simplemente no puede, financiar una práctica educativa nacional contrapuesta — como sería el caso de una educación anticapitalista — a los intereses económico-sociales del aparato político-administrativo dominante.

La vía violenta tampoco resulta viable. Es cierto que la historia demuestra que la mayor parte de los cambios de régimen significativos, han tenido a la violencia como uno de sus protagonistas principales. Pero todos ellos no han implicado, con inclusión de los regímenes llamados socialistas, el tránsito de un modo de explotación económica y dominación política a otro sin estas características. Ahora nos planteamos la cuestión en diferentes términos: ¿la revolución que lleve del sistema del salariado, la explotación y la dominación al socialismo libertario — y no de un sistema de explotación a otro — ha de ser forzosamente violenta? Aunque no hay una experiencia al respecto — porque un socialismo autogestionario no ha sido creado ni por medio de la vía pacífica ni mediante el método violento — podemos señalar nuestra convicción de que el camino de la violencia tampoco nos va a abrir esa posibilidad porque la mayor parte de la sociedad — en prácticamente todas las

regiones del mundo— no quiere oír hablar de una guerra civil que se proponga destruir el capitalismo por medio de las armas y porque, en el caso de que una minoría “consciente” se disponga a “imponer” la “emancipación” a la sociedad, intuye que tal intento se torna en su contrario: la aparición de la descarnada política de intereses específicos y grupales, como lo demostraron las revoluciones que, prometiendo la emancipación del trabajo, gestaron el totalitarismo de la tecnoburocracia.

La posibilidad de la revolución se diría, pues, imposible, porque *ni la vía pacífica ni la vía violenta parecen abrirnos el camino a su consecución*. Esto, por lo menos, en el corto y quizás en el mediano plazo. Podemos imaginarnos, sin embargo, una posible solución al problema. Algunos socialistas la visualizaron en el pasado y tal vez resulte necesario replantearla y discutirla. Tal hipótesis podría expresarse así: *la vía pacífica es preferible a la violenta, pero es posible si y sólo si se está preparado para esta última*.

Esta formulación parte del supuesto de que el capital — hoy internacionalizado — no está dispuesto en ningún caso a ceder el poder pacíficamente y arranca de la convicción de que, ante la posibilidad de que el ascenso revolucionario haga peligrar su situación y estabilidad, no se tentará el corazón para emplear la fuerza y actuar de la manera dictatorial y sanguinaria que dice — pero de dientes afuera — reprobamos. Aunque es evidente que el mero impulso ideal, descarnado y quijotesco, carece de puños contra la estructura material de la dominación, es posible crear poco a poco y de manera continua un *contrapoder*, una gran fuerza — no sólo espiritual sino material — que, en su pugna

por la emancipación, no siga los caminos tradicionales de una *vía pacífica* — carente de la infraestructura material que le permita imponerse — o, de una *vía violenta* — sin el imaginario que la conduzca a la aprobación consensual. Nuestra propuesta es, pues, coadyuvar a la emergencia del nuevo sujeto en lucha, del contrapoder que *imponga*, por obra y gracia de su materialidad, la *vía pacífica*.

La *revolución* tiene que ser diferenciada de la *reforma*. Mientras esta última es una modificación, supuestamente progresiva, dentro de ciertos marcos, la primera entraña un cambio de esencia. Se ha dicho que la revolución implica una radical transformación de los *usos* mientras que la reforma sólo pugna por evitar los *abusos*. ¿La revolución de que hablamos excluye la reforma? De ninguna manera, porque hay dos clases de reforma: la reforma tomada como *fin* y la tomada como *medio*. La lucha reformista dentro del capitalismo puede tener, en efecto, dos características opuestas: el *reformismo conservador* pretende mejorar las cosas dentro del capitalismo, siendo su resultado, independientemente de la intención con que se realice, oxigenar el ambiente donde tiene lugar la explotación del hombre por el hombre; el *reformismo revolucionario*, en cambio, lucha por reformas que, aunque se lleven a cabo en el capitalismo, se vinculan *con* o se *abren* a la revolución.

La diferenciación que acabamos de hacer entre revolución y reforma, y entre reforma conservadora y reforma revolucionaria, nos conduce a la necesidad de llevar a cabo otro distingo: entre revolución en *sentido estricto* y revolución en *sentido amplio*. La revolución en sentido estricto no es otra que la revolución en cuanto tal, esto es, la trans-

formación radical, *a partir de cierto momento*, del régimen social. Hasta hace poco tiempo no se hablaba de revolución sino casi únicamente en este sentido. La revolución estaba fechada, encarnaba un salto cualitativo, revestía un carácter cataclísmico y dividía la historia en *antes de* y *después de*. Nosotros pensamos que puede haber un proceso revolucionario anticipativo, y no aludimos al régimen de transición abierto por la revolución en sí. Es decir, creemos que se puede empezar la revolución (anticiparla, abrirla, gestarla) antes de la revolución. La *revolución anticipativa* está conformada, como puede adivinarse, por el conjunto de prácticas emprendidas por el *nuevo sujeto social*, llevadas a cabo en el sentido de lo que llamamos *formas revolucionarias*.

B. EL CONTRAPODER

Hemos dicho que es necesario crear un *contrapoder*. Una vez que se ha hecho esta afirmación, saltan, como chispas de una fogata, varias preguntas: 1. ¿Qué fuerza social va a ser el fundamento de tal contrapoder? ¿Cómo se va a gestar?; 2. ¿Cuáles son sus enemigos?; 3. ¿Qué escollos se presentan en su camino?; 4. ¿Cómo está estructurada la sociedad capitalista?; 5. ¿Hacia dónde se dirige la lucha?

1.- *¿Qué fuerza social va a ser el fundamento de tal contrapoder? ¿Cómo se va a gestar?*

La fuerza social que servirá de sustentáculo al contrapoder, o, lo que tanto vale, el sepulturero que entierre al sistema capitalista globalizado que vivimos, es el *nuevo proletaria-*

do. Pero detengámonos un momento en este punto. No nos estamos refiriendo sólo a la clase obrera industrial, como lo hacía el *Manifiesto*, ni tampoco exclusivamente al proletariado agrícola.

Estamos aludiendo a todo el trabajo asalariado que se gesta en la sociedad capitalista moderna.

En la actualidad hay un *nuevo proletariado*, el cual se ha ido gestando poco a poco. No está formado, como dijimos, por los trabajadores asalariados de la ciudad y el campo ubicados en la llamada *esfera de la producción*. En su avance, el capitalismo ha ido adueñándose prácticamente de toda la economía de cada país. Grandes empresas han puesto bajo su control y propiedad a muchas de las actividades principales de las esferas de la *circulación mercantil* y de los *servicios* que en general, tienen un peso cada vez mayor en el PIB de las diversas naciones. El capitalismo crece *in extenso* (globalización) e *in intensio* (asalarización general). La actualidad de Marx en el siglo XXI se hace patente —y nos muestra que tiene hoy más vigencia que en los siglos XIX y XX— tan pronto apreciamos el crecimiento del capitalismo hacia dentro y hacia fuera, y no podemos olvidar que el autor de *El Capital* es el teórico que *inició* el análisis científico de la formación capitalista. La teoría del valor no impera, hoy por hoy, sólo en la esfera de la producción, donde se generan *mercancías-producto*, sino también en las esferas del comercio —almacenamiento, transporte, exposición, venta de productos, etc.— y de los servicios —que tienen que ver con todos los actos relacionados con la vida: nacimiento, salud, alimentación, recreo, defunción, etc.— donde surgen, respectivamente, *mercancías-circulación* y *mercancías-*

servicio. Afirmar que la teoría del valor se ha generalizado equivale a decir que *la plusvalía —y con ella la explotación— se ha propagado, en lo fundamental, a todas las esferas de la economía política*. ¿Cómo explicar esta invasión de la economía por parte de la teoría del valor y el plusvalor y, consecuentemente, el despliegue generalizado de la explotación? O, formulado de otra manera: ¿cómo entender el tránsito de la economía fabril a la economía empresarial y, por ende, del viejo proletariado agro-industrial al *nuevo proletariado* de la gran empresa contemporánea?

Somos del parecer, en consonancia con el sentido más profundo de la teoría del valor de Marx, de que los elementos que definen a la mercancía capitalista son la *utilidad* del producto destinado al cambio (valor de uso), la *proporción en que se cambian mercancías por dinero* (valor de cambio o precio) y el *trabajo social requerido para su elaboración* (valor). Estos tres elementos que conforman la esencia de la mercancía en el capitalismo no sólo aparecen en las *mercancías-producto* y, desde luego, en la fuerza de trabajo, como lo demostró Marx —sino en las *mercancías-circulación* y en las *mercancías-servicio*. Lo importante para definir una mercancía no es la forma material que presenta —ocupar un lugar en el espacio y en el tiempo, ser tridimensional o satisfacer algunas necesidades— sino poseer los tres elementos definitorios mencionados. Desde que el comercio se desglosa de la producción —aunque puede revincularse a ella—, desde que los servicios dejan de ser actividades privadas o liberales para convertirse en grandes negocios, desde que el capital, en y por la gran empresa, pasa al dominio de la circulación y los “terciarios”, la configuración de la teoría

del valor se modifica: ya no se genera en un sitio — la esfera de la producción — y se distribuye en las otras, como ocurría en la *época* anterior, sino que ahora se gesta en todas las esferas de la economía política.

Pongamos un ejemplo de mercancía-circulación y otro de mercancía-servicio. Un gran almacén de depósito establecido por una moderna empresa capitalista produce un tipo específico de mercancía que tiene una *utilidad* (la conservación de un producto antes de su realización comercial), un *precio* (lo que el empresario debe pagar por el depósito de su mercadería) y un *valor* (el trabajo social necesario para su creación). Un gran restaurante presenta los mismos valores: una *utilidad* (servir alimento a los clientes), un *precio* (el costo del servicio) y un *valor* (el trabajo social indispensable para su desempeño). De la misma manera que ocurre en la esfera de la producción, en aquellas partes fundamentales de la circulación y los servicios que han sido ganados por la gran empresa moderna, se reproduce la división entre poseedores y desposeídos. Frente a los trabajadores asalariados del almacén, se levantan los dueños de las condiciones materiales de la conservación mercantil y frente a los trabajadores asalariados del restaurante se yerguen los dueños de los medios de producción del servicio mencionado. La plusvalía, el trabajo impago, no sólo aparece, pues, en la esfera de la producción (y en las mercancías-producto), sino en la esfera de la circulación (y en las mercancías-circulación) y en la esfera del servicio (y las mercancías-servicio).

Lo anterior nos explica el surgimiento de un nuevo proletariado. El capitalismo moderno ha incrementado la

clase asalariada de una manera vertiginosa. Salvo algunas excepciones —que carecen de los elementos definitorios de la mercancía—, el capitalismo, en esta su fase empresarial, ha conquistado el grueso de la fuerza de trabajo. El soporte mayoritario de lo que suele denominarse *sociedad civil* no es otro que el nuevo proletariado dentro del cual queda incorporada la clase obrera tradicional. Como a los obreros industriales y agrícolas, se suman ahora los trabajadores asalariados del comercio y los servicios —las ramas con mayor dinamismo y crecimiento de la economía moderna— el nuevo proletariado, generado por el moderno capitalismo, es cada vez más numeroso y potencialmente de fuerza material y espiritual insospechada. El capitalismo expandido y concentrado se halla, por consiguiente, en un proceso acelerado de creación de su sepulturero. Y más aún si tomamos en cuenta que la sociedad capitalista no sólo es un régimen de clases, sino también de estructuras polares no clasistas, de desocupados parciales y de marginados permanentes, como veremos después.

2.- *¿Cuáles son sus enemigos?*

En su lucha por autodefinirse, combatir a sus enemigos y desplazarlos del poder, el nuevo proletariado, el sepulturero potencial del sistema capitalista, tiene enemigos externos y enemigos internos. Para localizar a los primeros, conocer sus intenciones, saber de su fuerza y percibir su o sus puntos débiles, conviene aludir brevemente a la historia del régimen capitalista. El capitalismo nace asociado consustancialmente con el librecambismo. Aunque la mo-

tivación esencial de la producción capitalista, confiésenlo o no sus corifeos, es el lucro, éste tiene que darse al interior de la mecánica de compra-venta inherente a la fórmula del intercambio mercantil (mercancía-dinero-mercancía). Este aspecto concurrencial del capitalismo incipiente, y de la supuesta mano invisible que regía la “armoniosa” relación entre la producción y el consumo, tiene las horas contadas. Su eternidad se disuelve en la pompa de jabón de lo efímero tan pronto genera el monopolio, el cual, no sólo es el hijo de la libre concurrencia —que estaba encinta de él casi desde el principio—, sino que es su más rotunda e implacable negación. Desde este momento se advierte que no hay una ecuación de igualdad entre economía-mercado y economía de libre cambio. La economía de mercado acompaña siempre al capitalismo, la economía concurrencial es apenas una fase, la pre-monopólica, de su historia. El mecanismo por medio del cual se ha movido a través de toda su existencia el capital es la concentración y centralización. Como la concentración del capital habla del incremento del mismo —por ejemplo en su reproducción ampliada— y la centralización hace referencia a la fusión de dos o más firmas, ambos fenómenos, frecuentemente entrelazados, nos dan cuenta de la formación de monopolios, monopsonios, oligopolios y del surgimiento del capital financiero y del capitalismo monopolista de Estado. La fase superior del capitalismo se creyó una vez que era el imperialismo. Nosotros pensamos, por un lado, que, aunque el imperialismo financiero constituyó una etapa crucial del sistema, el imperialismo no es la fase superior del mismo, sino un carácter inherente, esencial, forzoso del régimen capitalista, y,

por otro, que la fase superior del capitalismo se inicia con la globalización.

La fase superior del capitalismo no es, ni nunca lo fue, el *imperialismo* del que hablaban Hilferding, Lenin y Bujarin. Aunque resulta innegable que la etapa histórica llamada imperialista fue un estadio clave del capitalismo (caracterizado por la emergencia y dinamicidad del capital financiero en los países altamente industrializados, el gran volumen de capital exportado, el surgimiento de países dependientes, etc.), no puede ser caracterizado como la fase superior del sistema, sino sólo como una fase del mismo. *La fase superior del capitalismo, afirmamos resueltamente, se inicia con su globalización.* En esta fase los fenómenos precedentes del “imperialismo” y la dependencia lejos de desaparecer, reafirman su existencia contextualizados de manera diferente y con un nuevo perfil. Podemos hablar, en efecto, de un *imperialismo globalizado* (o encarnado en las transnacionales) y también de la interdependencia de aquél y una periferia mundial conformada por los pueblos sobre los que opera. La idea muy difundida de que vivimos en un mundo sin centralidad económica dominado por transnacionales es pura fantasía. En realidad las grandes corporaciones están mediatizadas, hoy por hoy y en fin de cuentas, por el régimen económico-militar de EE.UU. En la fase del “imperialismo” había una *periferia exterior* a los países exportadores de capital y en la fase actual del *imperialismo globalizado* hay una *periferia interior* a las transnacionales, lo cual nos hace evidente que el fenómeno del imperialismo, o del expansionismo del capital, lejos de haber desaparecido también se ha globalizado. *La fase superior del capitalismo es su mundialización.* En su lógica de desarrollo probablemente

ya no tiene otra etapa posterior a la cual advenir. La globalización es, pensamos, la fase primera y la transición hacia la mundialización del capital. En la globalización todavía hay mercados *externos* al capitalismo (pre-capitalistas o “socialistas”). En la mundialización se excluye, en lo fundamental, todo mercado externo al sistema; en él el mundo en su conjunto se convierte en el mercado *interno* del capitalismo.

Los enemigos principales del nuevo proletariado se hallan dentro y fuera de cada país. En la economía empresarial predominante, la burguesía aparece como el primer enemigo, el más inmediato, que tiene frente a sí el nuevo proletariado. Como las empresas de esta burguesía poseen frecuentemente un carácter transnacional, ello nos muestra que el enemigo nacional es, visto bajo otra óptica, también internacional. *El nuevo proletariado de cada país tiene en el capital globalizado a su enemigo común.* Como se sabe, el Estado de cada nación se halla puesto al servicio — las excepciones son pocas en verdad — de ese capital que en cada país se configura como transnacional. Si la *soberanía* económica y política era la línea de acción autodefensiva de la burguesía nacional y otras fuerzas contra la acción imperialista, en la nueva etapa, la de la tendencia del capital a la globalización internacional, la idea de la soberanía y la independencia, la autonomía y la identidad nacionales empiezan a fracturarse, a volverse retórica o, si acaso, piezas más o menos útiles de la ideología democrático-burguesa en su decadencia.

Se ha dicho que, con la caída del muro de Berlín, la contradicción entre Oriente y Occidente ha sido sustituida por la contradicción entre Norte y Sur. Nosotros creemos que es más preciso asentar que, tras el derrumbe del “so-

cialismo”, la contradicción fundamental es entre un capital globalizado, y tendiente a su mundialización, y un nuevo proletariado que ese capital está dando a luz, a pasos agigantados, en todas partes. En la transnacionalización del capital no todos los países —ni siquiera los más poderosos— intervienen de manera igualitaria y homogénea. El capital globalizado crea bloques económicos diferenciados: el norteamericano, el europeo, el japonés y el chino. Así como la libre competencia engendra necesariamente el monopolio, el capital globalizado produce obligatoriamente la —para llamarla así— *bloquización* de la economía mundial. El enemigo de clase del trabajo asalariado mundial no sólo es el capital globalizado tomado en su sentido más general y abstracto, sino ese mismo capital conformado en bloques que no sólo se diferencian, sino que tienden a la larga a contraponerse.

La Tercera Guerra Mundial por desgracia es posible. La causa esencial de las guerras modernas —el régimen capitalista y el sistema de poderes que lo acompañan— lejos de debilitarse, se ha extendido y profundizado. Más que vivir en el reinado de la paz, vivimos sólo una tregua. Una guerra mundial dentro del capitalismo globalizado implica la aparición de bloques. La realidad histórica no nos permite aún hacernos de una idea clara de cómo y por quiénes estarán conformados estos. El capitalismo globalizado despliega la paradoja de dos movimientos antitéticos: la expansión (tendiente a la mundialización) y la retracción (integradora de los bloques). Los bloques irán probablemente de la diferenciación al antagonismo. Por medio de la diferenciación adquirirán su identidad, se sustraerán rela-

tivamente del libre cambio internacional (mediante medidas *proteccionistas de bloque*) y crearán las condiciones para su enfrentamiento. Por eso el destino de los bloques es la contraposición de cada uno con los otros, o de dos de ellos contra el tercero. La realidad histórica no nos deja todavía hacernos de una idea clara, como dijimos, de cómo estarán integrados los tres (o cuatro) bloques que se están estructurando, aunque en el conflicto de EE.UU. con Irak (en este año de 2002) tal vez se empiezan a visualizar las alianzas interburguesas que incubarán a los protagonistas de una futura conflagración mundial. Lo único que podría detener la guerra, detenerla y erradicarla, es un gran movimiento popular, democrático y antibloquista, que pusiera fin a la causa esencial del enfrentamiento: el sistema capitalista globalizado generador de bloques.

La burguesía nacional, que jugó tan importante papel en el tercer mundo (y encabezó revoluciones tan significativas como la mexicana, la turca o la china de la época de Sun Yat-Sen) está en decadencia y de capa caída. La exclusión de esta burguesía nacional de la internacional del capitalismo globalizado, es un hecho. La defensa que el capital autóctono hace del circuito de sus intereses frente al capital financiero, transnacionalizado y, en proceso de reagrupación *bloquista*, es cada día más ineficaz y hasta improbable. La burguesía nacional se ha empobrecido y debilitado. Carece de fuerza económica, pero también política y social, para enfrentarse al gigante de la globalización. La mediana y pequeña industria no ve frente a sí sino dos caminos: buscar integrarse, como socios menores, al gran capital o esperar a que las condiciones imperantes y la competencia

inmisericorde, arruine sus negocios y los arroje al inseguro piélagos de la proletarización. La mayor parte de los Estados —algunos de los cuales expresaban en el pasado los intereses de la burguesía nacional frente al imperialismo de la fase financiera del capital— hoy en día no son otra cosa más que los administradores de los negocios del capital transnacionalizado, y sólo algunos, los menos, defienden hasta cierto punto los intereses de esa burguesía nacional que funge en estos casos excepcionales como *un socio* minoritario. En los países altamente industrializados la burguesía nacional simple y llanamente ha devenido una de las bases de la transnacionalización neoliberal. La “tercera vía” de la que se habla ahora y que pretende situarse de manera equidistante entre el neoliberalismo rampante y el socialismo burocrático no es más que el intento de enseñar buenas maneras al capitalismo salvaje.

La burguesía nacional de los países subdesarrollados no sólo está sumergida en una inexorable decadencia económica y social, no sólo se distingue por su precariedad y su paulatina pérdida de apoyo social, sino que ha sufrido una drástica y dramática disminución de su capacidad ideológico-política de lucha. Agarrada entre el convencimiento de que no hay otro camino que la globalización, y la experiencia cotidiana de que, en general, el nuevo proletariado se resiste a cerrar filas con ella (como antes lo hacía el pueblo en su lucha contra el imperio) elabora propuestas programáticas, cuando lo hace, tan obsoletas como ineficaces. En estas condiciones, mientras la burguesía (autóctona) transnacionalizada tiene apoyos burgueses en todos los países capitalistas, la burguesía nacional (mediana y

pequeña industria, etc.) en general choca con el capital globalizado y no logra tener como apoyo y reserva al nuevo y viejo proletariado. ¿Pero qué ocurre con éste? ¿Cuáles son los enemigos internos del trabajo asalariado, con el carácter que presenta en la actualidad, en su lucha contra el capitalismo contemporáneo?

3.- *¿Qué escollos se presentan en su camino?*

Lo primero que nos gustaría subrayar es que la parte cuantitativamente más importante del nuevo proletariado —aquél que labora en empresas comerciales y de servicio— *ignora lo que es*. No se sabe parte del proletariado que genera plusvalía para los nuevos capitalistas, no cae en cuenta, desconoce su condición de explotado, tan explotado como el obrero industrial o el proletariado agrícola y, por ende, no le pasa por la cabeza organizarse para luchar contra su enemigo de clase. La clase obrera tradicional —formada por los dos sectores que acabamos de mencionar—, no tiene problemas con el enclasmiento. Se sabe, se siente o se intuye el ejército laboral en activo del que los patronos obtienen provecho económico. Aunque en términos generales carece de una rigurosa conciencia de clase o, dicho de otro modo, es una clase fuera de sí, sabe o adivina que ocupa un lugar especial en las relaciones de producción. El enclasmiento es una suerte de conciencia, elemental y primitiva si se quiere, pero reveladora de algo importante: de que no hay divorcio o aislamiento entre lo que se es y la idea que se tiene de ello. El enclasmiento —la conciencia, pues, del lugar económico que se ocupa— es lo opuesto al desclasmiento. La clase

obrero tradicional no está desclasada. Cosa muy diferente ocurre con el nuevo proletariado: con los trabajadores asalariados que no pertenecen a la esfera de la elaboración de mercancías-producto. Es un grupo numerosísimo por cierto, que se halla desclasado subjetivamente. Las meseras, los burócratas, los trabajadores manuales y las enfermeras de los hospitales, los empleados de comercio, no sólo no tienen una estricta conciencia de clase, sino que ni siquiera se saben parte de la clase explotada por el capital. Todavía más: confundiendo la forma del trabajo con su esencia o, lo que tanto vale, el carácter del mismo con su estructura, se sienten distintos de los proletarios y formando parte de una categoría jerárquicamente superior. ¿Cómo va a compararse una mesera con un minero o un empleado comercial que recibe un sueldo y hace un trabajo limpio, con un trabajador petrolero o un albañil? Mientras que el obrero tradicional está enclasado, el nuevo proletariado, por lo común, se halla desclasado. Las tareas, el esfuerzo, el esclarecimiento requeridos por estos dos sectores de la clase laboral tomada en su conjunto para conquistar una rigurosa conciencia de clase difieren consecuentemente, de manera ostensible: como la clase obrera tradicional se sabe enclasada (siendo un agrupamiento económico determinado o una clase en sí) la lucha por adquirir una conciencia de clase más plena y rigurosa tiene que partir de ese punto. El nuevo proletariado debe arrancar de otro: de la confusión subjetiva y los espejismos que lleva aparejados el desclasamiento en que vive o en que, para ser más precisos, el sistema imperante lo condiciona a vivir. Si la clase obrera, para hacerse socialista, ha de saltar del mero enclasamiento a una intelección

del sistema de explotación en su conjunto y a un propósito de lucha revolucionaria, el nuevo proletariado, tendrá que comenzar por desplazarse del desclasamiento al enclasmiento y a continuación saltar del mero enclasmiento a la conciencia socialista y la lucha social a ella aparejada.

Las causas que impiden, hoy por hoy, que los obreros tradicionales pasen del enclasmiento a la conciencia socialista son múltiples: economicismo, aristocratismo, pesimismo, ausencia de proyectos teórico-políticos y revolucionarios convincentes y, no en último lugar, los temores a la represión, el despido, la marginación. Lo que dificulta que el nuevo proletariado pase del desclasamiento al enclasmiento, conviene insistir en ello, es la apariencia de que sus integrantes constituyen un estrato que, si bien no se identifica con los económicamente superiores, no se confunde con la "sucia", "vulgar" y hasta "denigrante" categoría de los obreros. A pesar de esta repulsa del nuevo proletariado a considerarse tal, no cabe la menor duda de que su naturaleza económica hace patente que se halla tan explotado como el obrero tradicional. Ojalá que el nuevo proletariado, al brincar del desclasamiento al enclasmiento, no se estacionara en este punto y, aprovechando el esfuerzo del impulso inicial, continuara su camino hasta acceder a una plena conciencia de clase. En apariencia, de conformidad con lo expuesto, el proceso de toma de conciencia resulta más difícil en el nuevo proletariado, porque parte del desclasamiento, que de la vieja clase obrera, porque arranca ya del enclasmiento. Pero creemos que, en general, tal consecuencia resulta prematura y no corresponde a la realidad. Es verdad que los obreros de la ciudad y del campo no se

hallan desclasados, subjetivamente hablando; es cierto que se saben integrados a una clase y son conscientes o por lo menos intuyen que son víctimas de la explotación capitalista; pero se sienten *integrados* no sólo a un agrupamiento social determinado, sino a un sistema social específico. El problema fundamental de la clase obrera tradicional es, pues, la *integración*. El sistema capitalista aparece inmovible a sus integrantes; quizá no sea el mejor de los mundos posibles, pero está allí, granítico, férreo, ganando posiciones y derribando fortalezas. Tal vez los obreros se hallen explotados. Pero ¿ello no es natural? El capital, que se encuentra en todas partes, ¿acaso no ha puesto de relieve su vigencia y permanente potenciación? Además ¿es posible cambiar de sistema cuando no hay ni la teoría, ni la práctica, ni el estado de ánimo popular que operaren a favor de un proceso revolucionario? Por todo esto, y muchas otras razones, la vieja clase obrera se halla integrada al capitalismo, formando unidad con él, como uno de los agrupamientos que, no obstante su carácter de clase explotada, forman parte de un modo de producción que no muestra visos de sucumbir para ser desplazado por otro. Algo diferente ocurre con el nuevo proletariado: es evidente que su grado de integración es menor que el de la clase obrera tradicional. Si aclaramos que las palancas decisivas para la integración son instituciones, si reflexionamos que las normas constitucionales, la lucha electoral, la agrupación en sindicatos, las organizaciones cooperativas, el seguro social, etc. son los instrumentos principales para vincular y afianzar a los trabajadores al régimen imperante, podemos concluir que el nuevo proletariado, sin hallarse excluido del todo de es-

tos mecanismos institucionales, tiene mayor grado de independencia y ha mostrado en la práctica una más grande capacidad de disidencia.

La ignorancia del estatus económico real es uno de los enemigos internos del nuevo sepulturero (por ahora puramente potencial). En la llamada *sociedad civil* no solamente nos hallamos, conformando la base de la misma, con el viejo y el nuevo proletariados, sino también con otro sector que, en términos generales, desconoce también lo que es: hacemos referencia a los intelectuales asalariados. Desde muy pronto el capital puso a su disposición los técnicos, científicos y administradores que requería su función productiva de mercancías y plusvalor. Si no existieran otros medios de producción que los *materiales* —maquinaria, materias primas y auxiliares, etc.— los intelectuales que intervienen en la producción, podrían ser definidos sin más como proletarios, porque se hallan desposeídos de tales instrumentos, en idéntica forma a lo que ocurre con los obreros tradicionales o con el nuevo proletariado; pero como no sólo existen medios de producción *materiales*, sino también *intelectuales* (información, metodología, conocimientos derivados de la experiencia), y como la intelectualidad es quien precisamente se convierte en poseedora de tales medios, los intelectuales acusan el doble carácter de dominados-dominantes. Se hallan dominados por el capital porque carecen de medios productivos *materiales* y fungen como dominantes respecto a los trabajadores manuales, porque son dueños de medios *intelectuales* de producción. Esto nos lleva a la paradójica situación de que el capital explota simultáneamente a dos clases sociales: a la desposeída de medios de producción

materiales e intelectuales y a los desposeídos de medios materiales de la producción, pero no de los *intelectuales*. Explota, pues, a una clase —la intelectual— que domina a otra. La afirmación de que el capital explota —o extrae plusvalía— a dos clases simultáneamente es extraña, porque se piensa habitualmente que todos los que se encuentran en las mismas condiciones —en este caso la asalarización— caen por definición, en el encuadramiento definitorio de la pertenencia a una y la misma clase. Pero si entre los manuales e intelectuales contratados por el capital hay algo en común, no puede dejar de subrayarse que existe también una diferencia cualitativa. Hemos llamado *clase intelectual* al agrupamiento social que se distingue por ser dueño de los medios *intelectuales* de producción. Si unificamos a los trabajadores manuales y a los intelectuales en un solo concepto: el de trabajador asalarado, decimos algo cierto; pero dejamos de lado una circunstancia de importancia capital y de consecuencias históricas decisivas: el que los intelectuales —que constituyen una *clase* en el sentido apropiativo-intelectual del término— aunque carecen de medios *materiales* de producción, tienen, como su “capital”, medios *intelectuales* de producción. Ante el hecho de que una clase —el capital— explota dos clases diferenciadas en su grado de preparación, proponemos la utilización de un concepto que abarque a los dos tipos de trabajo. Este concepto es el *de frente salarial*. La frase: el capital explota a todo el *frente salarial*, posee, por consiguiente, el significado de que el capital, a cambio de un salario, extrae plusvalía tanto de la clase proletaria manual —vieja y nueva— como de la *clase intelectual*. Una última precisión sobre este tema: así como

el proletariado contemporáneo se divide en viejo y nuevo, o, lo que es igual, los manuales asalariados se hallan en la esfera de la producción y también en las esferas del comercio y los servicios, la intelectualidad asalariada asimismo se desdobra en intelectuales tradicionales – que trabajan con el viejo proletariado – y nuevos trabajadores intelectuales – que operan, con el nuevo proletariado, en los rubros del comercio y los servicios.

El Contrapoder ha de irse conformando, pues, con el viejo y el nuevo proletariado, los viejos y nuevos intelectuales asalariados y, añadiremos, algunos sectores de la burguesía. El movimiento llamado globalifóbico, sin olvidar su importancia cada vez mayor, no es otra cosa, nos parece, que la prehistoria del sepulturero histórico del sistema capitalista, que habrá de tener su base en el *frente asalariado*. Es el primer indicio relevante de protesta por la deshumanización globalizada. Seattle, Davos, Praga, Cancún, Quebec, Gotenburgo, Génova, Monterrey, Barcelona, Florencia, Porto Alegre, etc., son los peldaños por los que ha ido ascendiendo el descontento popular. En todas partes quien se manifiesta en contra de las organizaciones del capital globalizado (FMI, BM, OMC, OCDE, etc.) es principalmente la *sociedad civil*. Pero ahora ya podemos aclarar que este concepto, tan confuso y ambiguo de común, alude en realidad a un *complejo de clases*. Es no sólo conveniente sino necesario hacerle a la noción habitual de *sociedad civil* – contrapuesta a la sociedad política – una *radiografía social* para salirle al paso al ocultamiento u olvido de los agrupamientos sociales cobijados bajo esta denominación. La sociedad civil es en realidad un frente donde podemos

destacar tres sectores: la clase proletaria — el obrero tradicional y el nuevo proletariado —, la clase intelectual y la burguesía nacional — en pocas ocasiones grande, más bien: mediana y pequeña.

4.-¿Cómo está estructurada la sociedad capitalista?

La sociedad capitalista es, entre otras cosas, un régimen *ternario y polivalente*. Lo primero alude a la estructuración clasista esencial de esta formación. No es posible seguir sosteniendo la tesis de que el capitalismo, — y también otros regímenes del pasado —, se halla conformado, en lo fundamental, por un juego dicotómico de clases sociales. El capital es una clase, pero el trabajo es un *frente laboral dividido en dos clases* diferenciadas *cualitativamente* por la propiedad o no de medios *intelectuales* de producción: el trabajo intelectual y el trabajo manual. La estructuración de la sociedad capitalista no es, pues, binaria sino *ternaria*. Las consecuencias de considerarla de este modo son múltiples y saltan a la vista. Nos limitaremos a señalar una sola, pero de evidente y crucial importancia: el trueque de contrarios, que representaría la *solución revolucionaria* en un sistema *binario* — el trabajo, en efecto, desplazaría al capital del poder —, arrojaría un inesperado desenlace si el régimen, en contra de lo supuesto, fuese *ternario*: ocurriría que, como ya sucedió históricamente, una vez derrotado el capital, el trabajo elevado al poder no sería una clase social homogénea, sino un *complejo de clases*, esto es, un *frente laboral* (en que el trabajo intelectual sojuzga al manual), lo cual nos mostraría, no el inicio de la emancipación del trabajo, sino la sustitución de una clase

dominante (la capitalista) por otra (la *intelectual*, de donde surgen la burocracia y la tecnocracia).

Pero la sociedad capitalista no sólo es *ternaria*. No sólo tiene contradicciones clasistas. No sólo se halla inmersa dentro de la lucha de clases. También es *polivalente*, es decir, también se halla conformada por *estructuras polares* que, aun relacionadas con las tres clases sociales que componen el sistema, y con la lucha que se establece entre ellas, poseen su propia especificidad y autonomía relativa. Mencionemos algunas de estas polaridades: antítesis *genéricas* (entre hombres y mujeres), *generacionales* (entre jóvenes y viejos y también entre adultos y viejos), de *poder* (entre gobernantes y gobernados), de *geografía política* (entre la ciudad y el campo), de *preferencia sexual* (entre heterosexuales y homosexuales), *étnicas* (entre mayorías y minorías o entre criollos y mestizos e indígenas), *religiosas* (entre la religión mayoritaria y las otras), etc. Aunque no estamos en posibilidad aquí de tratar con mayor profundidad el tema, conviene hacer énfasis en que no sólo las estructuras polares se hallan vinculadas con la lucha de clases, sino que forman parte de un entramado de relaciones entre ellas mismas, lo que nos muestra la enorme complejidad de contradicciones que conforman el sistema que nos ha tocado vivir.

Si tomamos en cuenta, por consiguiente, que la sociedad capitalista se halla estructurada (para no hablar ahora de las oposiciones que dan dinamicidad al aparato psíquico de los individuos) de contradicciones sociales clasistas y de contradicciones sociales no clasistas, podemos concluir que el sujeto histórico de lucha, o el enterrador potencial del sistema capitalista, en su fase imperial globalizada, está

formado, en esencia, por los *explotados* (contradicciones clasistas) y por los *humillados y ofendidos* (contradicciones no clasistas). Damos el nombre de humillados y ofendidos a los integrantes del *polo negativo* de cada estructura bipolar: *mujeres, jóvenes, viejos, gobernados, campesinos, homosexuales y lesbianas, indígenas, negros y otras minorías étnicas, religiones minoritarias y librepensadores.*

La sociedad civil —integrada en el sentido en que hemos aclarado— constituye el conglomerado social a partir del cual puede generarse lo que, empleando diferentes nombres, podemos llamar *Contrapoder, nueva internacional, sepulturero histórico.* Pero el movimiento actual de protesta es aún una forma primitiva de lucha de los trabajadores y demás, en la fase superior del capitalismo o sea la globalización o el imperialismo globalizado. Así como la lucha artesanal, el motín contra las máquinas o el economicismo tradeunionista fueron formas elementales de lucha del trabajo contra el capitalismo incipiente, las protestas organizadas por los “globalifóbicos” (en cada lugar en que se reúnen las instituciones más visibles del capitalismo globalizado), son métodos insuficientes e inmaduros de lucha contra el gigante de la globalización en proceso de mundializarse. Sus demandas, producto de una acusada espontaneidad, las más de las veces son puramente contestatarias y no propositivas. Después de oírlas, uno se queda pensando: ¿qué es lo que pretenden los manifestantes: reformar el sistema o destruirlo? Sus demandas son, en realidad, contradictorias y van desde los sueños ilusorios de transformación radical y abrupta del sistema capitalista —y las palabras *comunismo y anarquía* flotan en el ambiente—, hasta planteamientos

reformistas como el requerimiento de la libre circulación de la mano de obra —y no sólo de capital y mercancías—, el establecimiento de fondos compensatorios en la Unión Europea, el llamado a no desatender la dimensión social olvidada por el capitalismo salvaje, etc. Es frecuente que cuando algunos líderes del movimiento antiglobalizador hacen propuestas o formulan demandas, coinciden con la “tercera vía” a la Anthony Giddens o con algunos requerimientos que el capital globalizado, ante la presión popular, podría aceptar circunstancialmente...

5.- *¿Hacia dónde se dirige la lucha?*

Así como algunos socialistas, a fines del siglo XIX, criticaron las formas de organización obrera tenidas hasta entonces, para concluir en la necesidad de un partido, es decir, de una vanguardia del proletariado que superara las formas primitivas de confrontación de clase y lo dirigiera en su proceso de lucha, ahora se precisa evaluar con rigor, sin olvidar esas críticas, la teoría leninista del partido y la idea en general de los partidos políticos.

¿Por qué, en esencia, o desde el punto de vista estructural, el partido no es la forma adecuada de lucha en las actuales condiciones?

Algunos de los elementos que nos hacen rechazar la organización partidaria son:

I. Su carácter verticalista (o heterogestionario) expresado en:

I.1 Un *sustituismo interno*, en que los dirigentes reemplazan a la base y ponen de relieve el papel de la clase intelectual en esta organización, y en:

I.2 Un *sustituismo externo*, donde el partido sustituye a los trabajadores bajo su influencia y hace patente el papel vanguardista de la agrupación, junto con su arrogancia de “intelectual colectivo” o “intelectual orgánico” del proletariado.

II. Su *integración* al sistema capitalista, emanada:

II.1 De su imposibilidad de visualizar teórica y políticamente un sistema o un modo de producción que trascienda el capitalista —al que se presenta consciente o inconscientemente como el fin de la historia— y su incapacidad para vislumbrar un socialismo que no sea el dictatorial y tecnoburocrático que existió en la URSS.

II.2 De su dependencia económica fundada en el subsidio y otras prebendas que reciben del gobierno y no de la “cuotización” de la base —que en términos generales es raquítica y a veces inexistente.

III.3 De los privilegios económico-políticos —puestos de representación popular, etc.— que obtienen los cuadros capaces o astutos de la organización o pertenecientes a facciones o grupos poderosos y que forman parte de un verdadero *carrerismo* político, en que los partidos operan, valga la expresión, como bolsas de trabajo.

Hace tiempo hablábamos de tres tipos de partido: los *partidos-sumisión*, los *partidos-destrucción* y los *partidos destrucción-construcción*. Los *partidos-sumisión* eran los integrados al régimen, los que negaban la existencia de la

explotación del trabajo asalariado o la concebían como algo natural, forzoso y hasta deseable. Los partidos destrucción eran los marxistas-leninistas que, oponiéndose al capitalismo, diseñaban una estrategia y una práctica destinadas a la destrucción del sistema del salariado y a la construcción del “socialismo”, como régimen de transición al comunismo. La característica más visible de estos partidos es que fueron de la idea de que bastaba la destrucción del régimen burgués, ya que lo demás vendría por añadidura. Desaparecido el capitalismo, el socialismo podría crearse con relativa facilidad, ya que lo que impide la realización de los principios socialistas es la formación socio-económica del capitalismo. Desde ahora podemos dejar en claro que, como lo ha mostrado a gritos la historia, la destrucción del capitalismo no equivale a la construcción del socialismo y que ser anticapitalistas no coincide sin más con ser socialistas en verdad. Los partidos destrucción-construcción empezaban por rechazar la integración al régimen capitalista propia de los partidos-sumisión, y pasaban a renglón seguido a criticar la idea, inherente a los partidos-destrucción, de que había que realizar el desmantelamiento del modo de producción capitalista, ya que lo demás, el socialismo, vendría espontáneamente a continuación como hecho lógico y natural. Si se destruye el capital, y se pone el acento en esta destrucción, puede ocupar la escena un régimen que no siendo ya capitalista, está lejos de identificarse con el socialismo auténticamente democrático. Los partidos destrucción-construcción serían aquellos que, además de luchar por abolir el capitalismo, convierten el objetivo de la *construcción del socialismo* en parte esencial de su programación objetiva. Aunque esta

clasificación no deja de tener interés (porque se critica tanto a los partidos burgueses, como a los comunistas), adolece de una falla: la de que la organización política llamada a destruir el capitalismo y construir el socialismo (el único verdadero: el autogestionario) no puede ser un partido, por las razones que acabamos de mencionar, sino que tiene que ser un *Contrapoder*, que estaría imposibilitado de ser lo que pretende ser —el sepulturero histórico del capital— si no se hallara debidamente organizado. Y esta organización no puede ser otra, adelantemos, que una red confederada, y organizada políticamente, de comités, consejos o comunas autogestionarias.

Digamos algo más de los partidos políticos. Todo partido es un anuncio o una prefiguración del régimen que querría generar o coadyuvar a su emergencia.

Los partidos comunistas eran enemigos de la propiedad privada de los medios de producción; pero reproducían a su interior la división social del trabajo propia del capitalismo: no sólo se hallaban organizados de conformidad con la *división horizontal* del mismo — asignaban tareas u ocupaciones diversas a los distintos individuos, células, seccionales, etc. — sino también con la *división vertical* — ciertas tareas eran realizadas por los dirigentes y otras por la base, unas por los intelectuales, otras por los manuales, algunas por los cuadros experimentados, otras por los neófitos. Estos partidos, programáticamente hablando, se proponían, de llegar al poder, cambiar las relaciones de producción y socializar los instrumentos productivos; pero, de la misma manera que siempre consideraban su forma jerárquica de organización como inamovible, rígida, estática, en el mundo so-

cial que pretendían crear, si se disponían a “socializar” las condiciones materiales de la producción, no les pasaba por la mente la idea de subvertir la división del trabajo. El resultado de extender a la sociedad lo que estaba prefigurado en el ámbito de la organización partidaria, por una parte, y de modificar las relaciones de propiedad dejando intacta la división del trabajo, por otra, arrojará los siguientes resultados: se eliminó a los capitalistas, pero se les sustituyó por la *clase intelectual* —el sector superior de la división del trabajo, librado de la dominación del capital y convertido en el todo de la sociedad. De la *clase intelectual* —que se define como tal por ser dueña de las condiciones intelectuales y espirituales de la producción— surgen los funcionarios, burócratas, técnicos, científicos que jugarían un papel tan significativo en los regímenes llamados socialistas. La *clase intelectual* es, respecto a la manual, producto de la *división vertical* del trabajo. Las funciones: burócratas, técnicos, dirigentes partidarios, hombres de ciencia, etc., son expresión de la *división horizontal* de la actividad intelectual del nuevo régimen. Por eso hemos llamado a la revolución soviética —y también a la china, la cubana, etc.— *revolucion proletario-intelectuales*. Revoluciones hechas *por* el proletariado en alianza con los campesinos, *contra* el capital privado, *para* la clase intelectual. Si decimos, siguiendo un poco al trotskismo, que la revolución bolchevique fue *proletario-burocrática*, nos quedamos cortos y no apresamos el problema en toda su amplitud. La burocracia, el funcionariado, no surge por generación espontánea, sino que es el producto de la división del trabajo. Para ser más concretos, se trata de un sector que se genera en y por el trabajo intelectual

diferenciado y contrapuesto al mero trabajo manual. La burocracia, como la técnica, como la ciencia, son *funciones* que nos remiten a un fundamento *estructural*: la *clase intelectual*. Si y sólo si se pertenece a la *clase intelectual* — posición que se adquiere por el estudio o la experiencia — se puede ejercer, en una cierta especialización, o desglosamiento vertical de funciones, el rol de burócrata-funcionario, dirigente partidario, técnico industrial, hombre de ciencia, etc.

En el partido, por otro lado, aparecen ciertas determinaciones, ya no económicas, sino psicológicas. Desde el advenimiento del psicoanálisis no se puede ignorar que la familia influye de manera decisiva en la vida y las vicisitudes de los individuos. La ruptura del cordón umbilical es una de las empresas más arduas y difíciles que existen. Aun creciendo y separándose de su núcleo familiar — conformado como sea —, el ser humano lleva consigo, conscientemente o no, la impronta de sus relaciones parentales o fraternas. Las trae con él y las conduce, transfiriéndolas, a las personas e instituciones con las cuales se va relacionando. Estas reproducciones, las más de las veces inconscientes, tienen lugar en la escuela, la iglesia, la milicia, la pareja, los clubes, los partidos políticos, los sindicatos, etc.

En los partidos políticos nos hallamos con una serie de elementos que emanan no del cálculo político, de la concepción partidaria o de la racionalidad, sino de la afectividad de sus integrantes, de su procedencia familiar y de la lucha y las negociaciones entre el *ello* y el *superyo* o del franco predominio del principio de realidad o del principio del placer. El ver a los dirigentes como padres o madres. Esperar de ellos el elogio o temer — temer queriendo, a ve-

ces — el regaño. El competir con los demás camaradas — los hermanos — para sobresalir, ante los dirigentes o ante los otros. Vivir al partido como un clan que se cohesionan en su diferenciación y lucha contra los otros partidos. Supeditarse acríticamente a lo que deciden los dirigentes, y acatar su “orden y mando” como lo hacen los pequeños ante la autoridad indiscutible de sus mayores. Mostrar un “complejo de rebelión y desconfianza” con los dirigentes o los organismos superiores, como lo hacen los jóvenes, que necesitan autoafirmarse, frente a las disposiciones del padre o de la madre. Todo esto, y otros ingredientes más, aparecen en los partidos políticos. Si el marxismo nos proporciona un método para advertir las diferencias que existen entre los partidos, para detectar su contenido de clase y apreciar su propuesta social, el psicoanálisis, en su vertiente de psicología social, nos ayuda a visualizar lo que tienen todos en común.

De la misma manera que si un partido político no lucha por subvertir su división del trabajo — digámoslo sin reservas: que se halla impedido de hacerlo —, se ve en la imposibilidad de coadyuvar a la formación del *modo de producción autogestionario*, un partido que no pugna por modificar sus determinaciones afectivas, se hunde en el lodazal del binomio poder-sumisión, y tampoco puede prestar una ayuda real en la creación del verdadero socialismo.

Otras de las razones, pues, por las que el partido político no es el instrumento idóneo para *destruir* el capitalismo globalizado y *construir* el socialismo autogestionario llamado a sustituirlo, es que se halla incapacitado para emprender la lucha, de carácter socioeconómico y cultural, contra

la división del trabajo, y resulta incapaz de llevar a cabo la pugna, de carácter psicológico, contra la irrupción descontrolada de la afectividad.

C. DE LA CÉLULA AL TEJIDO

Muy distinto es el caso de las células sin partido (*cesinpa*). Pero antes de examinar este punto, conviene hacer ciertas precisiones.

La parte mayoritaria de los pueblos que conforman cada uno de casi todos los países del orbe, se halla explotada, arruinada u oprimida por el capital globalizado. El viejo y el nuevo proletariado —en activo o víctima de la desocupación—, la vieja y nueva clase intelectual, se hallan *explotados* por él; la burguesía nacional, el mediano y pequeño campesino y la mediana y pequeña burguesía industrial se encuentran en un proceso acelerado de *arruinamiento* —porque se ven imposibilitados para sobrevivir al interior de la feroz competencia de la economía de mercado, en la época del neoliberalismo rampante. Todos los otros sectores e individuos que no forman parte del capital ni del salariado —trabajadores manuales e intelectuales no sometidos directamente al poder del capital— son *oprimidos*, finalmente, por él. La suma de los explotados, arruinados y oprimidos por el capital conforma potencialmente el sepulturero del capital globalizado. Sin embargo, este sepulturero del capitalismo es sólo *potencial*, y no puede metamorfosearse en *real*, si no se convierte en *Contrapoder*. El capital da pie a que se geste la fuerza de trabajo y habla con tanta insistencia de crear empleos y hacerlos competitivos para aumentar

sus ganancias; pero se empeña, una vez que surge, en que no adquiera conciencia de su situación ni se organice y luche en función de sus intereses históricos. Por eso pueden convivir, y de común conviven, el capital y su sepulturero; pero un enterrador que sólo es potencial porque se halla desarmado de conciencia y organización. En la actualidad vivimos la paradoja de que los trabajadores nacionales son víctimas de explotadores internacionales. Dicho de otra manera: en términos generales, el capital globalizado encuentra tan sólo, si es que la encuentra, una resistencia nacional. Mientras la resistencia no se globalice, habrá siempre una lucha desigual, y el sepulturero no podrá ascender, vía el *Contrapoder*, a la condición de sepulturero real o de la Nueva Internacional de los trabajadores en lucha.

Pero ¿cómo hacer para que el sepulturero inicie el proceso de su transformación en *Contrapoder*?

Uno de los elementos fundamentales para que ello suceda tiene que ver con la conciencia de clase, en los términos en que lo hemos expuesto con antelación. Otro, con la organización. Estos dos elementos —conciencia y organización— se hallan en acción mutua, y no surgen de manera consecutiva y gradualista. En realidad, la conciencia (y todas sus implicaciones) influye en la organización, y la organización (y todo lo que supone) repercute en la conciencia.

La forma de organización que, a nuestro entender, le conviene asumir a la *sociedad civil en lucha* es la *red*. Pero la red es un *tejido de comunidades*. Para explicar, por ende, el carácter de la red o del tejido (que tendrá como función

organizar al sepulturero) hay que comenzar con su unidad. La unidad de la red es una *cesinpa* (célula sin partido) Cada *cesinpa* – comunidad, comité, consejo, etc., – hallará en los principios de la autogestión la guía para agruparse y luchar. La forma más elemental de definir la autogestión es la siguiente: consiste en *autoorganizarse* y *autogobernarse*. Un comité, al que llamamos célula (pero célula que no forma parte de un partido político sino de una red), se autoorganiza alrededor de una *tarea*.

La *tarea* es un propósito o conjunto de propósitos que llevan a varias personas a agruparse para la debida consecución de ese objetivo. Una célula que no tiene claridad de sus propósitos o quehaceres no puede tener garantizada ni su efectividad ni su permanencia. Una *cesinpa* no sólo surge a partir de una tarea claramente delimitada y asumida, sino que se ve en la necesidad de volver, de vez en cuando, a analizarla, rectificarla o ratificarla, para que el *elemento primario cohesionador* no deje de funcionar y perfeccionarse. Las *tareas unificadoras pueden ser de diferente tipo*: las hay económicas, sociales, políticas, culturales. Un ejemplo de esto pueden ser las ONG's que se constituyen para llevar a cabo tales o cuales tareas. Las *cesinpas* no pueden surgir arbitrariamente, por ocurrencia o por decreto, sino que serán la expresión de necesidades, anhelos, intereses colectivos e individuales. El capitalismo actual no sólo crea el *ejército del trabajo*, sino en él, un conjunto de requerimientos que pueden ser metamorfoseados en tareas y dar pie, con éstas, a que se engendren comités autónomos. El régimen capitalista no sólo da luz, pues, a su *sepulturero potencial* sino la tendencia universal a la *organización* multiforme de las per-

sonas, al generar en ellas infinidad de necesidades, motivaciones y empeños colectivos. Claro que las actividades de las comunidades tienen un carácter reformista; pero, como aclaramos páginas atrás, es de esperar que este reformismo no sea el reformismo conservador destinado a “hacer más llevadera” la explotación universal del trabajo universal, sino que, teórica y prácticamente, se halle vinculado, o pugne por su realización, con la *orientación revolucionaria* implícita en el intento de convertir el frente asalariado y otros sectores de la sociedad en el *Contrapoder globalizado* que imponga a sus enemigos la transición pacífica hacia el socialismo de la autogestión.

La ideología burguesa fomenta el individualismo, esto es un hecho. Pero la maquinaria del capital, su materialidad operando en la historia, tritura de tal manera a los hombres, violenta en grado tal los derechos humanos, que tenemos la esperanza de que, las víctimas sistemáticas del atropello, tarde o temprano abrirán los ojos, dejarán poco a poco el individualismo y verán que no hay otro camino que el de la *solidaridad combativa* para hacerle frente a las iniquidades del sistema y al propio sistema en cuanto tal. Ciertamente que la toma de conciencia no brotará única y exclusivamente de la dinámica objetiva del capital en funciones, al margen de los hombres y su imaginación y su iniciativa. El capitalismo pondrá su parte; pero este condicionamiento no bastará para el cambio de conducta de los seres humanos, si no aparecen promotores, facilitadores, esclarecedores o como quiera llamarse a los individuos o grupos empeñados en mostrar las vías que tendrán que seguir los trabajadores y todos los humillados y ofendidos para trascender su pasividad de in-

dividuos y transformarse en albañiles empeñados en la edificación del *Contrapoder*.

Una tarea asumida por un conjunto determinado de individuos lleva a crear una agrupación. Pero conviene desde ahora diferenciar al comité de base o la célula partidaria, de la *cesinpa*. La célula de partido es organizada desde fuera y desde arriba. El partido “trabaja” en un sindicato, una comunidad rural, en un movimiento urbano-popular o entre los estudiantes, hace propaganda entre ellos y organiza un colectivo que pasa a formar parte del instituto partidario. La *cesinpa* no surge como producto de la iniciativa de un partido político, sino de la decisión de un grupo de personas de llevar a cabo, de un modo colectivo, una tarea o conjunto de tareas. La célula *se organiza* (o es organizada), la *cesinpa se autoorganiza*.

El carácter autónomo de la *cesinpa* no se agota, sin embargo, en su acta de nacimiento. No basta auto-organizarse, sino que, desde el momento en que se auto-organiza, o desde antes, sabe que va a autogobernarse. Esta vinculación entre *autoorganización* y *autogobierno*, que es de principio, al tiempo de mostrar los dos componentes de la autonomía, es una llamada de atención a los peligros que acarrearía su separación. En efecto, si un comité o una comunidad se *autoorganiza*, pero acaba por adherirse a un partido político o a una iglesia, rompe con el aparente proceso *autogestivo* inicial y se convierte en una célula “dirigida por” ..., con lo cual rompe con la autonomía y cae en la heterogestión. La autonomía —la vinculación de principio entre *autoorganización* y *autogobierno*— lleva necesariamente a asumir otro principio autogestionario: la autovigilancia. La auto-

vigilancia es como el ángel custodio de la *cesinpa*. Su cometido consiste en cuidar que el grupo no baje la guardia y caiga abrupta o gradualmente bajo la tutela de “lo otro”. La *cesinpa*, en resumidas cuentas, ha de autoorganizarse, autogobernarse y autovigilarse. Pero una vez construida así, aparece como una unidad aislada; es, sí, una agrupación de individuos, mas, en relación con otras comunidades no partidarias que existan o puedan existir, es una unidad colectiva, pero que no deja de ser unidad. Una célula no puede pugnar contra un capital que fundamentalmente ya no es nacional. La forma de lucha contra lo universal tiene que ser universal. Combatir el capital globalizado desde una *cesinpa*, o varias *cesinpas*, inconexas y narcisistas, es como pretender salir al encuentro de los *panzers* alemanes con caballeros armados de lanzas, heroísmo e ingenuidad. La lucha contra el capital globalizado, hemos dicho, tendrá que realizarse mediante un *Contrapoder*. Pero el *Contrapoder* supone la presencia no sólo de *cesinpas*, sino de *redes*, es decir, de células relacionadas unas con otras, de manera horizontal, hasta formar tejidos de organizaciones autónomas. Lo anterior nos conduce a subrayar que toda *cesinpa*, además del agregado de factores que la definen, y a los que ya hicimos referencia, tendrá por conveniencia que asumir otro: el de ser promotora de la idea de la autogestión, el coadyuvar a que se autoorganicen otras *cesinpas* y el no dar tregua en su interior al combate contra el complejo narcisista de la desvinculación y aislamiento. Para que una *cesinpa* sea autogestionaria requiere, a más de una tarea-motivo aglutinadora, y a más de la autoorganización y el autogobierno que evidencian su autodeterminación, del dominio colectivo de

las condiciones físicas y psicológicas para realizar su o sus empeños. Lo ideal sería, además, que fuera dueña de los medios de producción, intercambio o de servicios en que se halla imbricada su gestión. Esto, como es obvio, generalmente no es posible en las condiciones capitalistas actuales. Pero esta tendencia a la *socialización* tiene que hallarse inscrita en sus propósitos, su programa de acción, su estrategia que habrá de realizarse en el momento adecuado.

Los mítines, marchas y reuniones multitudinarias, pueden ser útiles siempre y cuando no operen como la válvula de escape, el alivio de tensiones o el ingenioso método para liquidar una energía revolucionaria que no debería perderse a tontas y locas. Pero estas grandes concentraciones que nacen y mueren, agotan o merman la capacidad de organización y lucha de los participantes en la preparación y desarrollo de unos eventos que están lejos de fracturar la fuerza del enemigo o, por lo menos, atarle las manos en las atrocidades que está llevando a cabo hoy en día y va a seguir perpetrando en el futuro. Las concentraciones tendrían otro carácter si, detrás de ellas, se encontraran *redes* organizadas de *cesinpas* y no, como en la actualidad, un movimiento fuertemente espontáneo (donde la coherencia resulta el gran ausente) en que predomina la participación de grupos, partidos e individuos contradictorios y atrasados, y en que no se ha logrado aún la hegemonía de los planteamientos organizativo-políticos de la necesidad de generar, con el *Contrapoder*, el sepulturero histórico del capital en vías de mundializarse.

Puede haber comités autoorganizados para la lucha económica, social, cultural (científicos, artísticos, ecologis-

tas, de género, etc.). Puede haberlos dedicados a grandes o pequeñas tareas, ser defensivos u ofensivos, efímeros y ojalá duraderos. Pero puede haber también, y es urgente que haya, un tipo de *cesinpa* que se diferencia de las demás en un punto: en que ha escogido como tarea central la de *promover la autogestión*. Se trataría de uno o varios colectivos, de carácter autogestionario, que, autoorganizándose y autogobernándose, se proponen coadyuvar a que la idea y la práctica de la autogestión social —diferenciada y hasta contrapuesta a las agrupaciones heterogestionarias comunes: partidos, sindicatos, cooperativas, etc.,— encarne en el imaginario y las necesidades de los trabajadores. Como ya dijimos, y no sale sobrando repetirlo, todo comité autogestivo tiene que ser promotor o facilitador de la autogestión, ya que el aislamiento, o la robinsonada narcisista, lleva inexorablemente, más tarde o más temprano, a la crisis, la decadencia y la desaparición; pero este carácter promotor que debe poseer, o se presume que posee, cada comité de autogestión, las más de las veces se halla opacado por la o las tareas o trabajos cohesionadores que dan razón y cuenta de la *cesinpa*, o de plano forman parte de la actividad cotidiana de ésta. La o las organizaciones que, en cambio, se empeñan en la difusión, propaganda, defensa de la concepción y práctica de la autogestión, tienen o asumen un carácter *mayéutico*: su función principal, como la de la comadrona, es auxiliar a la “sociedad civil” —formada especialmente por trabajadores explotados— a autoorganizarse en comités y *redes* para: 1) crear un ámbito que ayude a los hombres y mujeres a subvertir su modo de ser y de pensar, 2) abrir un lugar en que el proceso de maduración

psicológica individual influya en la lucha por la autonomía sociopolítica del colectivo y ésta última reinfluya a su vez en tal proceso y 3) generar un sitio donde se desenvuelva la democracia no sólo en su sentido formal, sino en el de la permanente pugna por transformar las condiciones sociales y personales de los individuos, propia de la democracia real, auténtica.

La labor de promoción no puede ser obra de una sola *cesinpa*. Como lo que se pretende impulsar no es sólo la autogestión de la célula aislada, sino la autogestión social, o el tejido; o también, como de lo que se trata de alentar es la conquista, a la larga, de lo que puede llamarse *modo de producción autogestionario* —para diferenciarlo tanto del capitalismo como del “socialismo” — parece indispensable la aparición de un cierto número de *cesinpas promotoras*.

Cada *cesinpa*, pues, tiene su o sus tareas. Pero puede haber, y habrá de seguro, *tareas de red* —en que la *red* se proponga realizar uno o varios objetivos de lucha— y hasta podemos imaginarnos la aparición, en un momento clave del desarrollo del movimiento anticapitalista, de una *red de redes* que, con sus extensos propósitos, irá abarcando al *Contrapoder* en su conjunto como su anatomía sostenedora.

D. LA DEMOCRACIA CENTRALIZADA

La conformación de una *red* de *cesinpas* es una condición necesaria, pero no suficiente, para la gestación del *sujeto de lucha* en contra del capitalismo globalizado. La organización del *Contrapoder* no puede limitarse a una forma tan elemental y primitiva como la mera vinculación horizontal

de las organizaciones celulares (como querría una de las versiones más atrasadas del anarquismo) cuando el poder, además de la fuerza multifacética que lo caracteriza, se halla tan profunda y centralizadamente organizado. La *nueva organización* de los trabajadores, concebida para conformar ese *Contrapoder*, y para sustituir deliberadamente a los partidos de “izquierda”, no puede hacer suya una estructuración frágil, amorfa, blandengue. No cabe duda de que las *cesinpas* habrán de unirse unas con otras hasta formar una red, como las células lo hacen hasta constituir un tejido; pero tienen que llevar a cabo tal cosa dentro de una concepción organizativa que supere al partido comunista como éste superó a las formas artesanales, economicistas y espontaneístas de lucha. El economicismo, por ejemplo, no poseía carácter destructivo, era *la lucha burguesa de la clase trabajadora*, porque su empeño no tenía ni tiene otro fin que obtener mejores salarios y prestaciones o vender más cara la esclavitud salarial.

Existen dos maneras de organizar los agrupamientos políticos: a) de arriba abajo y del centro a la periferia y b) de abajo arriba y de la periferia al centro. La primera forma es antidemocrática y centralista. Puede fingir cierta democracia — como ocurre con las versiones no estalinistas del centralismo democrático — pero, en fin de cuentas, se finca en el verticalismo y la heterogestión. La segunda — de la que hablaremos más adelante — es democrática y federalista. El centralismo democrático es, en todos los casos, democrático de dientes afuera y centralista de dientes adentro. Pero frente a esta tendencia centralizadora — ubicada en el lugar preciso del bandazo — hay otro error no menos grave: el

del *horizontalismo acentralista*. El viejo anarquismo preconizaba la formación de una red de comités confederados que eliminara todo centro directivo a favor de una mera coordinación de las comunidades. La historia ha demostrado, y lo continúa haciendo, que, con una organización de este tipo, no se garantiza la unidad de acción, la coherencia y la disciplina que, en la feroz lucha de clases que existe y habrá de profundizarse, se necesita para combatir contra el régimen dominante a nivel internacional y sus instrumentos de represión militares, políticos, ideológicos, etc. fuertemente centralizados.

La tesis de la *democracia centralizada* niega y al propio tiempo conserva ciertos planteamientos organizativos del viejo marxismo y del viejo anarquismo. ¿Qué acepta del marxismo? La necesidad de una lucha disciplinada y coherente, esto es, centralizada. ¿Qué recoge del anarquismo? La denuncia del carácter suplantador de toda vanguardia. Pero veamos el otro lado de la moneda. ¿Qué rechaza del marxismo (sobre todo en su versión leninista)? La tesis del partido como el “jefe político” del proletariado (y de las masas) y la política de una dirección que sustituye a la base. ¿Qué repudia del anarquismo? El *horizontalismo acentralista* que opone a la férrea disciplina del enemigo, la desorganización y la incoherencia.

La democracia organizada no es una mera inversión del centralismo democrático, sino que es una nueva forma de concebir la organización, diseñada a partir de una franca ruptura con el centralismo democrático. Como su esencia es ir de abajo arriba y de la periferia al centro, implica una nueva concepción del centro y una nueva idea de la federación. Es

importante diferenciar el centro *que suplanta* del centro *que expresa*. El primero, propio de todo vanguardismo, es un centro que elegido por la base (o las masas) tira línea, fija disposiciones, emite órdenes. El segundo, por ser producto de una democracia que se centraliza — de un abajo que crea su “arriba” y de una periferia que genera su “centro” — se caracteriza por convertirse en el ámbito en que la cantidad, sin dejar de serlo, se convierte en calidad.

El fundamento de toda organización es la libre asociación de las comunidades. Esta libre asociación puede ser de dos tipos: a) asociación que cede, si las circunstancias lo exigen, ciertos márgenes de independencia para lograr una acción común y b) asociación que no cede, bajo ninguna circunstancia, la autonomía del colectivo y que se mueve sólo en el nivel de las coincidencias o las discrepancias. La primera es una libre asociación con *autonomía relativa* y con un centro-expresión. La segunda es una libre asociación con *autonomía absoluta* en cada una de sus *cesinpas* y con una *horizontalidad sin centro*. Acaso con coordinación pero sin centro. La tesis de la democracia centralizada se pronuncia a favor de un *federalismo-con-centro* o, lo que es igual, por una libre asociación de comunidades que genera un *centro-expresión*, constantemente supervisado y controlado, que es una instancia fundamental para lograr una acción común, consciente y concertada. Como cede deliberadamente una parte de su independencia — es decir que obedece las disposiciones que vengan del centro que “manda obedeciendo”, como dice el EZLN —, la democracia centralizada es una libre asociación que implica un *convenio de la democracia con su centro*: el acatar las decisiones que ella (la democracia) se da a sí misma desde dicha instancia (el centro).

El *centro-expresión* no sólo toma en cuenta la articulación de prácticas de sus comunidades de base, sino que, tras de hacerlo, emite órdenes y disposiciones con carácter de obligatoriedad —en virtud del contrato preestablecido de la democracia con su centro. En la coordinación de la red confederada, sin centro ni disciplina, no hay, en cambio, obligatoriedad. En la coordinación que existe, que debe existir, en el *centro-expresión* sí la hay. El centro, este centro, emanado y al propio tiempo controlado permanentemente por la democracia, implica, entonces, una “dirección”. No la dirección despótica del centro sobre la base, sino la auto-dirección o el auto-gobierno que, tomada a nivel de toda la organización, la democracia se da a sí misma. *En la concepción organizativa de la horizontalidad descentrada, o carente de centro, no hay, en sentido estricto, auto-gobierno.*

El partido leninista que, aun en sus mejores versiones, no puede dejar de ser autoritario, no tendrá en la red “libertaria” tradicional, su superación organizativa, porque esta última, pese a las afirmaciones a favor, está imposibilitada para coincidir con la concepción verdadera de la autogestión social. Las comunidades que no trascienden su autonomía o auto-gobierno particulares, o no superan su autonomía absoluta hacia una relativa, no pueden gobernarse como partes de un todo. Son gobernadas, más bien, por un desarrollo desigual y particularista asumido espontáneamente. La autogestión de que hablamos no es sólo, por consiguiente, un mero tejido de células, sino una auto-organización de autogestión social; no es sólo una mera agrupación de trabajadores, sino una organización de combate.

El centro-suplantación es invariablemente un centro sin control real o, si se quiere, un centro “elegido” por

la base, que se emancipa de ella, adquiere vida propia y acaba por imponerse a toda una organización. El centro-expresión, en cambio, es producto de la democracia y está permanentemente controlado por ella.

El problema fundamental no reside, entonces, en la discusión de la conveniencia o no de un centro —el cual, ya lo vimos, resulta absolutamente necesario—, sino en la cuestión principalísima de cómo controlarlo, cómo impedir que se sustantive, *cómo bloquear permanentemente su tendencia natural a la suplantación*.

Si se sataniza la idea del centro, se cae en el viejo anarquismo. Si se le magnifica, se resucitan las tesis del marxismo autoritario. El vanguardismo manda sin obedecer. Es un centro-suplantación. Un centro incontrolado. Garantiza una disciplina; pero no la disciplina fundada en la democracia (que en el fondo es una auto-disciplina). La democracia centralizada *manda obedeciendo*. No es sólo coordinación, porque manda, porque emite disposiciones, porque diseña un mandato que, obedeciendo, crea una unidad de acción. Pero es centro-expresión, centro controlado, removible, supervisado, vigilado. Garantiza también una disciplina; pero una disciplina de convenio: la disciplina de la democracia que se centraliza.

Mandar obedeciendo significa *ir de la base a la base*. Antes de mandar, y para mandar, el centro tiene que obedecer. ¿Obedecer a quién? A los deseos e intereses de la base. No a los intereses y anhelos de una parte de la red organizativo-política, sino al conjunto de ella. Ser centro significa aquí que la democracia le ha dado a un comité de representantes que funge como centro-expresión un poder

de decisión obligatorio para toda la red. Poder decisorio general en cuestiones que competen a todos, no en cuestiones estrictamente individuales o grupales. Si las *cesinpas* de base generan un centro municipal, los centros municipales un centro estatal y los centros estatales un centro nacional, se está yendo de abajo arriba y de la periferia al centro.

Mandar obedeciendo es, digámoslo así, la fórmula algebraica de la democracia centralizada. En la medida en que se puede hablar de garantía en este tipo de cuestiones, creemos que la forma de garantizar que un centro sea *centro-expresión* y no un centro que suplante a la organización y mande sin obedecer, es tomar en cuenta en todo momento los siguientes aspectos:

* — Que no haya congresos electivos.

* — Que los representantes a todo *centro-expresión* puedan ser removidos por sus representantes en cualquier momento.

* — Que no se olvide nunca el peligro que acarrea la *clase intelectual* y su tendencia natural a diferenciarse de y contraponerse a la base.

* — Que haya una rotación de cuadros planeada.

La pieza organizativa maestra por medio de la cual se enmascara de democracia el centralismo es el Congreso con capacidad de elegir dirigentes. Si hiciéramos una radiografía de lo que ha sido tradicionalmente, y sigue siendo, un congreso partidario, sindical, etc., con función electiva, diríamos que tiene una apariencia (ámbito en el que se expresa la voluntad de la base) y una esencia (espacio en el cual

se reproduce y perpetúa la dirección — o asciende al poder una camarilla de dirigentes alternativa —, fingiendo democracia). Las direcciones que convocan a tales asambleas las preparan de tal modo — sin olvidar detalle alguno —, que en realidad las amañan y manipulan. Las vuelven entonces un medio esencial para legitimar la cúpula o perpetuarla, esto es, para conformar la organización de arriba abajo y del centro a la periferia.

Un proyecto organizativo democrático no puede estar en contra, desde luego, de los congresos. Pero parte de la convicción, basada en el concepto de democracia centralizada y de la necesidad de impedir la manipulación cupular — y la perpetuación de la clase política o de la burocracia intelectual —, de que los Congresos *deben ser deliberativos y resolutivos, pero no electivos*. Deben decidir sobre los principios, la estrategia y la táctica de una organización; pero no deben elegir dirigentes. La concepción que del congreso nos ofrece la democracia centralizada persigue la doble finalidad de evitar la lucha por el poder alrededor del congreso y de posibilitar, con esta eliminación, una discusión racional en el mismo.

Frente al centralismo de hecho de la vieja cultura política, la democracia centralizada es una forma en que, sin necesidad de hacer un congreso electivo, las unidades organizativas (las *cesinpas*) eligen de entre sus miembros a sus representantes a un centro, teniendo el derecho y la obligación de destituir a sus representantes en el momento que sea necesario si ellos no responden a sus intereses.

El hecho de que las instancias “inferiores” elijan a las “superiores” nos habla, pues, de una afirmación democráti-

ca, y el hecho de que, por ejemplo, los consejos estatales, sin perder su autonomía relativa, elijan al consejo nacional, nos habla de una posición federalista (en contra del centralismo).

Si tomamos en cuenta que el control de los centros-expresión por parte de las instancias “de base” se lleva a cabo mediante tres acciones, a saber: a) el conocimiento, por parte del colectivo, de la manera de ser, actuar y pensar de sus representantes, b) la evaluación de su gestión y c) el derecho de vigilancia que conserva en todo momento la “instancia de base” (o electora), podemos concluir que *la esencia de la democracia centralizada es la democracia cognoscitiva*. En una red organizativo-política, nos parece que la organización debe asumir la democracia cognoscitiva en dos sentidos: 1) mediante la representación escalonada por instancias basada invariablemente en el conocimiento del compañero(a) o compañeros(as) elegidos(as) y 2) mediante congresos *deliberativos y resolutivos* que hagan a un lado un elemento tan perturbador de la cognición como es la lucha por el poder encarnada en el *carácter electivo* que de común tienen dichas asambleas.

Si se reconoce la existencia de una *clase intelectual*, se tiene que concluir que dicha clase pueda hacer acto de presencia en toda organización. En cualquier comité se crea o se reproduce una división del trabajo: hay quienes elaboran fundamentalmente un trabajo teórico y los hay que principalmente llevan a cabo una labor manual, quienes realizan un trabajo complejo y quienes ejecutan un trabajo simple, etc. Si en todo comité surgen o pueden surgir ciertos intelectuales, con mayor razón se detecta su presencia a nivel de una organización tomada en su conjunto. Es im-

portante, entonces, no sólo advertir la presencia de la clase intelectual a lo largo y a lo ancho de una organización, sino tener en cuenta su tendencia natural a ejercer el mando, tirar línea, suplantar a los otros, eximirse de ciertas tareas “menores”, etc.

La autogestión no sólo debe rechazar la *heterogestión externa* de la organización jerárquica (el que una comunidad caiga bajo la dominación del Estado, de un partido político, de una iglesia, etc.) sino la *heterogestión interna* que puede conservarse y reproducirse aun en el caso de superar, en condiciones especiales, la estructuración organizativa del verticalismo exterior. Si en la conceptualización y práctica de la autogestión se combate sólo la *heterogestión externa* y se pone el acento en que el portador del poder es el colectivo, se olvidan las diferencias estructurales encarnadas por los integrantes del colectivo autogestor. La comunidad, en efecto, está formada por trabajadores intelectuales, trabajadores manuales, etc. El olvido de la *heterogestión interna* acarrea la consecuencia de que se sustituye la *dominación burocrática* que conlleva la heterogestión exógena por la *dominación tecnocrática* que implica la heterogestión endógena. Para salir al paso a la concepción tecnocrática de la autogestión no sólo hay que combatir la heterogestión en su doble modalidad (externa e interna), sino asociar de manera esencial dos grandes nociones: *autogestión y revolución cultural*. La colectividad autogestora es el ámbito idóneo en que debe llevarse a cabo la *revolución cultural*, es decir, el espacio organizativo llamado a encarnar aquella revolución que se propone subvertir la división vertical y horizontal del trabajo. La revolución cultural no puede tener un resultado

apreciable, profundo y a largo plazo si se realiza masiva, desarticulada y semi-espontáneamente (como ocurrió en China), sino única y exclusivamente si se halla confinada en su *ámbito natural* que no es otro que el de un colectivo que se auto-organiza y auto-gobierna; pero se autogobierna de modo tal que, combatiendo la *heterogestión interna*, pugna por impedir, en un largo y constante proceso de educación política, que se perpetúen en ella ciertos dirigentes frente a los dirigidos, ciertos caudillos frente a los servidores.

Si se es partidario de la formación de una red confederada, si se quiere sustituir el centro por una mera coordinación, si se denuncia la burocracia y hasta se comulga con el ideario del anarquismo de viejo cuño, pero no se reconoce la existencia de una clase intelectual, hay el peligro de permitir que bajo cuerda se geste en una organización "libertaria" un *vanguardismo solapado*. El vanguardismo se solapa cuando es rechazado o mal visto, porque una teoría social o una práctica política lo ha denunciado. Pero no puede dejar de existir porque es producto espontáneo de la división del trabajo que existe en la sociedad. Sólo si se reconoce la existencia de la clase intelectual, se puede combatir no sólo el vanguardismo abierto sino también el solapado.

No únicamente es importante el control y vigilancia que la base debe ejercer sobre su *centro-expresión*, sino también deben idearse y perfeccionarse paulatinamente mecanismos de *rotación* de los delegados para que se vayan socializando los conocimientos y experiencias y dejen de hallarse monopolizados por unos cuantos cerebros. Rotación de cuadros que, *procurando no obstaculizar la continuidad de gestión de los centros coordinadores*, combata la sustantiva-

ción de ellos y vaya preparando cada vez más militantes en la función directiva.

Ahora unas palabras sobre la disciplina. No puede haber una lucha exitosa contra un enemigo tan fuerte y tan centralizado como el régimen capitalista, si se carece de disciplina, de acción colectiva unificada, de congruencia conjunta en la actuación. La disciplina que demanda la autogestión no tiene nada que ver, como se comprende, con la disciplina requerida por cualquier sistema de producción jerarquizado. No tiene nada que ver, asimismo, ni con la disciplina implicada en la heterogestión burguesa, ni con la implicada en la heterogestión intelectual del llamado socialismo. A diferencia de estas modalidades de disciplina, la disciplina propia de la autogestión es una *autodisciplina*. Tan es así que los individuos que deciden *autoorganizarse* y autogobernarse tienen que *autodisciplinarse*.

Las decisiones de un centro-coordinador, por ejemplo, no se cumplen porque provienen de "los jefes" y uno tiene que obedecer (acríticamente) a su mandato, sino que se cumplen *porque implican un compromiso racional y afectivo del individuo con la organización de la que forma parte*. La disciplina asociada a la heterogestión es una disciplina externa, mecánica, ciega. Lleva al cumplimiento obligatorio, pero no, en su agente realizador, al convencimiento participativo de que las cosas deben hacerse de ese modo y no de otro. La disciplina que supone la autogestión es una disciplina interior, consciente, crítica. El ejecutante de una decisión emanada de una instancia coordinadora "superior", no realiza tal acuerdo "porque lo han decidido los de arriba", sino porque comparte con ellos, convencido, la necesidad

de llevar a cabo tal o cual acción. En caso extremo, un individuo o una colectividad debe acatar una decisión que provenga del *centro-expresión* aun teniendo dudas sobre su conveniencia o estando franca y decididamente en contra de ella, siempre y cuando pueda combatir al interior de la organización la disposición tomada y pugnar por su modificación. El convenio de la democracia con el centro implica el acatamiento de lo que puede parecer dudoso o incorrecto, porque ello es fundamental para la acción unitaria que requiere una organización que pretende jugar el papel de sujeto de cambio dentro de la compleja situación de la lucha de clases.

Es claro que una disciplina concebida así es tan sólo un ideal, una meta o un faro. La autogestión va a nacer a partir de la heterogestión, o, rompiendo con ella, y seguramente durante mucho tiempo, tendrá en su haber una serie de “huellas mnémicas” o de supervivencias heterogestionarias. Otro tanto debe decirse de la autodisciplina. La autodisciplina va a surgir a partir de la disciplina externa, mecánica y heterónoma de siempre y no cabe la menor duda de que arrastrará un buen tiempo consigo remanentes de dicha disciplina tradicional.

Es importante advertir que, cuando señalamos que la autogestión es propia de individuos que ejercen esa disciplina racional, emotiva y autónoma que llamamos autodisciplina, estamos poniendo el acento en un punto en que coinciden o deben de coincidir la psicología individual y la psicología colectiva. El individuo capaz de *autodisciplinarse* es el individuo capaz de llevar a cabo lo que podríamos llamar una autogestión individual. La autogestión de la

sociedad —y también, desde luego, la autogestión de una organización— se construye en y por la autogestión individual. Pero también lo contrario es cierto: la autogestión individual se gesta en y por la autogestión social y organizacional. Aquí existe, como puede verse, una vinculación de la teoría autogestionaria con la ética, tema que debe ser tratado con mayor extensión y profundidad en otro sitio.

E. SOBRE EL ROMANTICISMO ECONÓMICO

Marx hablaba de tres tipos de economía que habían antecedido o eran contemporáneas a su propuesta: la clásica (Adam Smith y David Ricardo), la vulgar (Say, Bastiat, Stuart Mill) y la romántica (Sismondi). La *clásica*, sin dejar de expresar los intereses de la burguesía ascendente, tenía la científicidad necesaria para captar con profundidad ciertos aspectos de la realidad económica —por ejemplo el papel preponderante del trabajo en general, como fuente del valor, en el sistema capitalista. La *vulgar* no era otra cosa que la apología — apenas velada por una fraseología teórico-científica— del régimen capitalista: tal es caso, verbigracia, del *armonicismo* de Juan Bautista Say —divulgador y vulgarizador de Smith— consistente en la visión optimista de que toda producción crea su consumo y de que la “mano invisible” de Smith corrige las perturbaciones generadas, en la economía concurrencial, entre la oferta y la demanda. La *romántica*, caracterizada por advertir clara y profundamente las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista (y hasta formular una teoría larvaria de las crisis económicas y sus ciclos); pero, incapaz de ver el *proceso histórico*, defensora de la fantasiosa

tesis de que la solución a esos conflictos no puede hallarse sino en una vuelta al pasado, a una economía artesanal, familiar y campesina precapitalista, idealizada y abstraída de su contexto real.

En los días que corren, la economía clásica ha dejado prácticamente de existir. La burguesía ya no se encuentra en su etapa ascensional y los productos teóricos de sus ideólogos no pueden poseer ya la apertura epistémica que les permita aprehender, describir y explicar nada que se salga de la lógica del sistema al que pertenecen. La economía neoliberal y capitalista carece de toda objetividad, de toda maleabilidad científica para conocer la naturaleza de la fase superior del capitalismo. En la actualidad, no sólo el capital se halla globalizado, sino que ocurre otro tanto con la economía *vulgar*. La teoría económica al uso, y tendiente a la mundialización, no es *en esencia* sino un complejo dispositivo para justificar, extender, apuntalar, proteger el sistema de explotación universal que atosiga y envenena a los pueblos. Si la economía dominante en los medios capitalistas es la *vulgar*, ideológica y apologética, la economía que más frecuentemente hace acto de presencia en el sujeto histórico — en el viejo y nuevo proletariado, en los humillados y ofendidos del planeta — es la *romántica*. Por *economía romántica* debemos entender no sólo aquella que cree ver la superación de los conflictos en la vuelta al pasado (como Sismondi y los populistas rusos) sino también la que supone que la solución de los mismos se halla en *un futuro surgido al margen del presente*. En este sentido los socialistas utópicos son, asimismo, representantes del romanticismo económico. La economía romántica se manifiesta, como

la literatura decimonónica, en dos grandes tendencias: los románticos *del pasado* y los románticos del futuro. ¿Qué tienen en común estas tendencias y por qué conviene considerarlas como especies del mismo género? El común denominador de ambas consiste en su intento de reconformar el sistema productivo y la organización social al margen de la formación capitalista, creyendo poder sacarle la vuelta o haciéndolo fantasmagóricamente de lado.

Los llamados antiglobalizadores (o globalifóbicos) frecuentemente no son otra cosa, en lo que se refiere a sus opiniones económicas, que una modernización del romanticismo. Están *en contra* de la globalización. La creen un disparate, un camino erróneo e injusto, un enorme dislate de carácter irracional e inhumano. Son, asimismo, nostálgicos. Querrían que la historia se hubiera ido por otros derroteros o que sería bueno volver a tiempos pasados. Creen que hay que detener la globalización para retomar el buen camino.

En muchos de ellos, el romanticismo económico es el anclaje teórico de la ideología de la burguesía nacional en decadencia. Sueñan, por ejemplo, con el restablecimiento de la soberanía y el nacionalismo ant imperialista. Pero la soberanía política sólo puede existir si hay soberanía económica, y en tiempos de la globalización financiera, de la división del trabajo universalizada y del capital trashumante, el régimen productivo capitalista crece, se expande y se profundiza inmolando soberanías, cotos inexpugnables, estructuraciones que responden a fases anteriores del sistema. Aunque la *estrategia de la autogestión* consiste más en luchar *contra* el capitalismo globalizado que *dentro* del mismo, esto es, más en la línea de buscar la aniquilación del

régimen del salariado, la economía mercantil y la anarquía de la producción, que en la de obtener reformas que “perfeccionen” o humanicen el sistema, la táctica de la lucha recomienda no menospreciar aquellos embates que debiliten al enemigo, fortalezcan a los revolucionarios y coadyuven a sentar progresivamente las bases para la revolución anti-capitalista. El reformismo, tomado como medio y no como fin, es decir, el *reformismo revolucionario* no puede ver con desdén las luchas nacionalistas, económicas, culturales, etc., que conduzcan a agruparse, autogobernarse y abrir la conciencia a la necesidad de pugnar por la desenajenación del ser humano.

Algunos globalifóbicos, que se dicen y se creen socialistas, sueñan con el advenimiento del socialismo —al cual siempre adjuntan hoy el calificativo de democrático— sin pasar por el capitalismo globalizado o, mejor, sacándole la vuelta, si esto fuera posible. Como se imaginan, al igual que tantos otros, que ese capital internacionalizado representa el valladar inexpugnable o el impedimento definitivo que prohíbe el paso al sistema socialista, o que, con su mera presencia y todo lo que implica, no deja siquiera que se tome en cuenta la posibilidad de una organización socioeconómica desenajenada, creen que no queda más camino que actuar como si dicho sistema no existiese: luchar contra él, organizarse sin tomarlo en cuenta, dar un fantasmagórico salto sobre él. Y hasta algunos llegan a creer que el fortalecimiento de la burguesía nacional —como si esto fuera posible— es el camino adecuado para defendernos del imperialismo globalizado y crear las condiciones para abrirle el paso al socialismo.

Lo que no entienden muchos globalifóbicos, empanañados en el *romanticismo económico*, es que la globalización —o la ubicuidad del capitalismo—, no es, desde hace tiempo, una mera posibilidad, sino una realidad evidente, consolidada y tan irreversible como lo es el tiempo. Lo diremos de este modo: el socialismo no puede crearse al margen de la globalización, sino *en y por ella* o, para afirmarlo sin dar lugar a equívocos, sino *en y por ella y contra ella*.

La afirmación del carácter irreversible de la globalización capitalista, no significa darle la razón a los *globalifílicos*. Estos son capitalistas sin más. Con multitud de matices, intereses comunes y en veces contrapuestos, pero enemigos de los trabajadores y amigos de la economía de mercado. Los *globalifílicos* no sólo piensan que el capitalismo globalizado es irreversible, sino que es —como diría el Pangloss de Molière— el mejor de los mundos posibles, imaginándolo, además, como perpetuo y por lo tanto como la expresión de la naturaleza humana. Pueden hablar y hablan de modificaciones o leyes de tendencia a corto y mediano plazo de este modo de producción, pero lo que no cabe en sus cabezas ni en su corazón es que la mundialización del capital puede ser, es necesario que sea, hay que luchar para que devenga, la premisa de la globalización del *Contrapoder*.

La única coincidencia que podemos tener con los *globalifílicos*, es la certidumbre de la irreversibilidad de la globalización. Pero, para nosotros, esta globalización no sólo no es el mejor de los mundos posibles o la expresión de la naturaleza humana, sino la expansión, hasta llegar a límites universales, de un sistema explotador, sanguinario, guerrillista y depredador.

El capitalismo globalizado, y las múltiples expresiones de poder que lo acompañan, no sólo está creando el proletariado universal, y los millones de humillados y ofendidos, sino, en alguna medida, las razones por las cuales los individuos, los grupos y las clases expoliados deben organizarse para luchar contra el sistema opresor. A cada injusticia, a cada atropello, a cada arbitrariedad, en prácticamente todas las regiones del mundo, se puede, se debe o se tiene que responder o reaccionar organizándose, o lo que tanto vale, convirtiendo en tarea o tareas a realizar el combate contra esos manotazos, para decirlo con un eufemismo, del capital, y creando, por ende, la o las *cesinpas* adecuadas para hacerlo.

Más adelante examinaremos con detalle de dónde habrá de emanar la oposición organizada y universal al capitalismo. Una de las fuentes esenciales de ésta radica en el hecho de que el capital no tiene más remedio que generar, y lo seguirá haciendo, un proletariado que abarca todos los continentes y un número incontable de individuos que directa o indirectamente encuéntrase sometidos a la acción triturante de su maquinaria. La oposición anti-capitalista mundial no podría realizarse sin esta gestación de las víctimas del capital. Pero este factor, si bien es necesario, resulta insuficiente porque se trata de algo puramente *cuantitativo*. El surgimiento del *Contrapoder* implicará no sólo este aspecto, sino el *cualitativo* representado por la conciencia de lucha, la organización, la claridad estratégica, etc. No se puede hablar sólo de lo *cuantitativo* porque, si así se hiciera, daría la impresión de que el capitalismo, al dar a luz al proletariado, crearía sin más ni más su propia destrucción. Lo

cual es notoriamente falso. Pero tampoco se puede desdeñar lo cuantitativo, en nombre de lo “cualitativo”, como lo hacen muchos globalifóbicos, porque el proletariado (viejo y nuevo) y los humillados y ofendidos son el sustentáculo *cuantitativo* del sujeto histórico *cualitativo*.

F. LA NUEVA ORGANIZACIÓN Y SUS TAREAS

La lucha por superar el capitalismo global-mundializado exige no sólo un ánimo especial en las masas, sino una nueva organización o, para ser más precisos, una *Nueva Internacional*. La agrupación basada en la democracia centralizada no es ni una *red* —una simple red— ni un partido político. Es una organización, o, más bien, una autoorganización que se diferencia tajante y deliberadamente de las agrupaciones anarquistas y de las marxistas-leninistas del pasado. Es un nuevo tipo de *agrupación autogestiva de combate*, acorde con los tiempos, que se distingue de las otras en y por sus propósitos políticos, su forma organizativa y su concepción de la vida.

Pugnar por el surgimiento de una nueva organización no puede hacernos olvidar una paradoja asociada a tal empeño: la de que las organizaciones tradicionales (partidos políticos sobre todo), parecen hallarse en todas partes llenas de vida y plenas de pujanza; pero —para quienes saben ver— son en realidad obsoletas y decadentes. En cambio, las organizaciones autogestivas —o de tendencia autogestiva— parecen inconsistentes y de dudoso porvenir, pero *tienen a la historia de su parte*, y la tienen porque mientras las primeras, en lo fundamental, se hallan media-

tizadas *por* y forman unidad *con* el sistema imperante (sin que les sea dable, como regla, independizarse de tal sojuzgamiento), las segundas nacen conscientemente no sólo con autonomía respecto al poder, sino con la intención de hacerle frente y coadyuvar a su destrucción. Caracterizando lo anterior en terminología hegeliana, podríamos decir: las primeras existen, pero son (ya) irreales, mientras que las segundas son reales (o apuntan a ello) pero son (todavía) inexistentes... o casi.

Tenemos, sin embargo, partidos para rato. Y es ineludible esclarecer que en lo porvenir no se va a presentar la situación de que la nueva organización de combate por la que pugnamos –y de la cual existen ya atisbos y adelantos– va a esperar a que desaparezcan los partidos, para que, desplazándolos, ocupe la escena. Este acto de prestidigitación gradualista es inconcebible y ahistórico. La verdad es que, durante un buen trecho, coexistirán los partidos y la autogestión combativa, siendo este conflicto, además, uno de los aspectos de la compleja lucha entre el poder conservador y el contrapoder emergente.

La inmensa mayoría de los partidos políticos –incluyendo los de oposición– están alineados (y lo seguirán estando) con el poder. No obstante, algunos de ellos (o elementos de base de ellos) podrían, en determinado momento, cuando la caldera social se halle en plena ebullición, pasar a formar parte del *Contrapoder* (nacional por su situación geográfica e internacional por sus principios). ¿Cuándo y cómo podría ocurrir esto? Cuando la organización de combate haga planteamientos atinados y oportunos y arrastre a su proyecto y trayectoria a esos partidos o

sectores, es decir, cuando dicha agrupación logre la *hegemonía* del proceso de lucha.

Para acercarnos a este último concepto, recordemos algunas de las diferencias entre el partido y la nueva organización autogestiva. En efecto, el sustituisimo *externo* y el sustituisimo *interno*, propios del partido, no existen en la agrupación autogestiva de combate. No hay nada semejante a lo primero porque una organización autogestionaria no es la vanguardia o el jefe político de nadie. No *tira línea*, no ordena, no dirige, como el militar lo hace con sus subordinados, a los sectores en los que tiene influencia, sino que intenta ganar al mayor número posible de personas *con sus planteamientos*. No pretende dirigir a tales o cuales sectores que se hallan *corporativizados* a la organización, sino conquistar la *hegemonía* del proceso haciendo que sus propuestas políticas sean asumidas por dichos sectores como propias. No hay tampoco nada similar a lo segundo, porque en una organización autogestiva los dirigentes no sustituyen a las bases ya que, como hemos explicado, se conforman y actúan no como centros-suplantación, sino centros-expresión. El sustituisimo interno —la tendencia de los cuadros políticos experimentados y los intelectuales a suplantar a los demás— no es algo circunstancial y anómalo, sino el producto reiterado de la división del trabajo, lo que obliga a tenerlo siempre en cuenta, saber su origen y buscar, en la medida de lo posible, su erradicación. Las *cesinpas* y la *red* de ellas (organizada de conformidad con la democracia centralizada) evitan el sustituisimo interior al hacer imposible la sustantivación del centro. Ya lo hemos dicho: la *cesinpa* es el lugar primero y privilegiado para llevar a cabo, o mejor,

estar permanentemente llevando a cabo la revolución cultural — como parte de esa revolución de revoluciones articuladas por la que pugnamos. La *cesinpa* es un laboratorio de autogestión: hasta es posible ahí, en ese ámbito, luchar contra la clase intelectual y sus proclividades — enseñando a los dirigentes a ser base y a la base a cumplir funciones de dirigencia — y al propio tiempo establecer la alianza y unidad de trabajadores manuales e intelectuales.

G. PLATAFORMA DE LA NUEVA ORGANIZACIÓN

1. La inmensa mayoría de la población mundial es víctima del capitalismo que domina la economía del planeta. Como se ha explicado, la ubicuidad del régimen capitalista ha generado, y lo sigue haciendo a pasos agigantados, un sujeto histórico integrado esencialmente por los explotados y por los humillados y ofendidos del mundo entero, que *podría* convertirse en un momento dado en el gran movimiento opositor al capitalismo, inicialmente, y en el enterrador histórico del mismo, cuando suene la hora. Aunque hay, y va a seguir habiendo, un desarrollo desigual del movimiento opositor en cada uno de los países que integran el globo terráqueo, podemos decir, generalizando, que en las grandes luchas que habrán de darse a nivel nacional — y también internacional — probablemente no intervendrán de modo activo y militante todas las víctimas del sistema expoliador — las razones de esto son múltiples, pero podemos entrever algunas: temor, oportunismo, desinformación, prejuicios, fundamentalismos, etc. No *todos* intervendrán en esos grandes conflictos sociales que tendrán lugar tarde o

temprano: pero sí lo harán *muchos*, en estallidos o multifacéticas expresiones de lucha en que se amalgamarán el descontento, el deseo de cambio, la desesperación, el odio al conservadurismo y la reacción, el repudio a la explotación y a la corrupción y el impulso irrefrenable, en fin, a la esperanza. En estos extensos sectores que participarán en las grandes conflagraciones civiles que se avecinan, habrá de todo: miembros de partidos, organizaciones políticas y sociales, iglesias, individuos sin partido, comunistas, anarquistas, moderados, radicales, ultras, etc. La unidad de lucha de estos amplios conglomerados tan disímiles no puede lograrse de golpe, de manera espontánea y no obstante duradera y de la noche a la mañana. Tiene que existir, por ello, un grupo menor de individuos, conscientes y organizados, que, formando parte de este numerosísimo grupo opositor, influya acertadamente en él durante el largo período que va de la conformación de la *Nueva Internacional*, las grandes pugnas que llevará a cabo contra el poder establecido y el desplazamiento de este último con la concomitante ocupación del espacio dejado, por el *Contrapoder* que asume, a partir de ese momento, el carácter de *autogestión social*, e inicia la construcción del *modo de producción autogestionario*. El grupo menor de individuos conscientes y organizados al que hacemos referencia es al que hemos venido llamando la *organización autogestiva de combate*. Cuando hablamos de que este grupo menor ha de influir en la masa en lucha, no nos referimos a ninguna suerte de vanguardismo, jineteo o concepción corporativista, como ya hemos aclarado con antelación. La organización *autogestiva* de combate (o, lo que es igual, la *red* de *cesinpas* agrupada de acuerdo con la

forma organizacional de la democracia centralizada), lanzará propuestas, ideas, consignas, orientaciones que prenderán en las masas, si y sólo si son pertinentes, adecuadas a las necesidades de la coyuntura y del estado de ánimo de la gente, e incitadoras a pasar a nuevas fases del complejo proceso que lleva a la “toma” no del poder sino del *espacio* que ocupa éste, por parte del *Contrapoder*. La idea central que subyace en la afirmación de que la organización de combate tiene que influir en los amplios conglomerados en lucha no es, pues, el de *jefaturar* a nadie, sino tener la capacidad de convencer en y por las propuestas. *Se trata de un vanguardismo de las ideas, no de las agrupaciones*. Ideas que, por lo demás, pueden surgir en cualquier lado, y es bueno que así sea, pero que ojalá puedan tener su manantial constante en una organización que se agrupa y prepara precisamente para poder dar a luz tales sugerencias y orientaciones.

Para poder cumplir con lo anterior, y salir al paso al amorfismo organizativo imperante, la agrupación *autogestiva* de combate debe discutir y hacer suyo, y también entregar a la publicidad, entre otros, los siguientes documentos esenciales: sobre sus principios, su programa de acción (estrategia y táctica) y sus estatutos.

2. La nueva organización ha de poner en claro, y pugnar por, sus principios (objetivos y propósitos) de la lucha. Sin ello, no es posible generar y consolidar el *Contrapoder* y lograr que la línea política de la emancipación —que pasa por la tesis de la *dualidad de fuerzas*— conquiste la *hegemonía* en el proceso revolucionario.

¿Qué es y cómo se formará el *Contrapoder*? Es, antes que nada, la oposición organizada al capitalismo. Se diferenciará de los grupos de presión, en que no sólo podrá influir en el poder, determinando ciertas acciones de éste en algunos casos y atándole las manos en otros, sino en que, al llegar a cierto grado de desarrollo y fuerza, y en la coyuntura histórica favorable, estará en posibilidad de hacer a un lado al poder, desestructurarlo, y *ocupar su lugar*, sin que esto signifique, hay que subrayarlo, que el *Contrapoder* se convertirá en poder.

Las fuentes o condiciones posibilitantes más significativas de donde habrá de surgir, y de hecho está surgiendo, esta oposición organizada (al capitalismo global) que llamamos *Contrapoder* son:

a) *Del propio capitalismo*, el cual se encarga, como ya lo aclararon los clásicos del socialismo, y lo hemos recordado páginas atrás, de generar una clase que no sólo elabora mercancías y plusvalía, y es por tanto la base productiva del sistema, sino que es el sector fundamental de la sociedad que podría *destruir* este régimen de trabajo asalariado y capital y *construir* un modo de producción y vida diferente. El capitalismo no sólo da a luz el amplísimo proletariado de nuestros días — además de los desocupados (que ya no son a veces ni siquiera la reserva del proletariado en funciones), de los integrantes de la *economía informal* y del sinnúmero de individuos enajenados, descontentos y potencialmente rebeldes — sino *la mayor parte de los motivos, las causas, las razones para protestar, organizarse y luchar denodadamente por un cambio*.

b) *Del mismo proletariado y otras víctimas del sistema* que responden a las ineludibles injusticias del sistema, y que tiene que reaccionar —y empieza a hacerlo— autoorganizándose y auto-gobernándose para luchar contra la explotación, la corrupción, los atropellos y toda índole de injusticias. Es importante, sin embargo, insistir en el hecho de que el capitalismo no se limita a contemplar pasivamente cómo da a luz, paradójicamente, el sujeto histórico anticapitalista o el posible sepulturero histórico de su régimen, sino que en todo momento pretende —y las más de las veces lo logra— ideologizarlo, manipularlo, desinformarlo y mantenerlo alienado. Nada más importante, entonces, que coadyuvar a que los sectores de la oposición estén siempre en guardia contra la manipulación mediática, desarrollen su espíritu crítico, combatan el narcisismo del aislamiento, vislumbren la estrategia de su lucha y vean la necesidad de ir gestando el *Contrapoder*.

c) *Del esclarecimiento teórico de su situación*. Los conceptos que, comprendiendo la realidad, ayudan a transformarla, son una de las herramientas fundamentales de la revolución deseada, son también verdaderas “bombas inteligentes” en manos del pueblo en lucha. Temas insoslayables de esta teoría son:

- Análisis del enemigo.
- Examen del sujeto potencial de lucha: Proletariado viejo y nuevo.
- Humillados y ofendidos.
- De la organización de combate:
- *Cesinpas*
- Red

-
- . Democracia centralizada.
 - De las alianzas.
 - De la formación del *Contrapoder*.
 - De la *dualidad de fuerzas*.
 - *Del modo de producción autogestionario*.

Estas tres fuentes de donde habrá de gestarse la oposición organizada (el propio capitalismo, las víctimas del sistema y el esclarecimiento teórico) si bien pueden ir surgiendo de modo más o menos espontáneo, e inter-influirse unas a otras, necesitan la ayuda, la facilitación y el reforzamiento de la *promoción*.

d) *De los grupos promotores de la revolución auto-gestionaria*. Cada *cesinpa*, formada, como hemos dicho, alrededor de una tarea —la lucha contra alguno o algunos de los motivos generados por la injusticia del capital— no sólo se autoorganiza, se autogobierna y se autovigila, sino que tiene que luchar por extender su propuesta organizativa y reducir así el poder del enemigo. Cada célula realiza, por decirlo así, una pequeña revolución y se ve en la necesidad de salir al paso al *cerco capitalista*. Ésta es la razón por la cual *toda cesinpa debe ser promotora de otras cesinpas*. La labor promotora de las *cesinpas* es, no obstante, limitada porque la mayor parte de su energía se canaliza a la realización de la o las tareas que se propone realizar. Por eso es importante que surjan *cesinpas fundamentalmente promotoras* o, lo que tanto vale, células cuya tarea esencial sea promover la revolución autogestionaria y todo lo que implica, que es mucho.

e) *De la necesidad impostergable de “ganarle la carrera” a las amenazas reales de guerras, ecocidios, genocidios y otras omi-*

nosas posibilidades que podrían destruir en el planeta la vida en general, la existencia de la especie o, por lo menos, crear un nefasto estado de cosas en que se dificulte aún más la lucha de los hombres por humanizarse. Es frecuente que, a quienes pugnan por la emancipación, los escépticos les arguyan que la lucha es inútil, infructuosa y hasta ingenua, dado que el incontenible arsenal satánico de las guerras, el genocidio, la destrucción del medio ambiente, la mala utilización de ciertos descubrimientos y avances científicos (como la clonación, el mapa genómico, etc.) puedan dar al traste con la conformación que presenta en la actualidad el mundo y sus pobladores, de tal manera de que antes de que sea posible la transformación humana y justiciera de las relaciones sociales, nos tropezaremos con el caos, el cataclismo, el empeoramiento abrupto y tajante de las condiciones de vida del orbe en que vivimos y de nosotros mismos... Ciertamente que la posibilidad de una *debacle* en alguno de los sentidos mencionados no es desdeñable sin más: la extrema irracionalidad del sistema — y de los poderes encuadrados en él — puede ganarle la partida — al menos momentáneamente — a la cordura y a los derechos humanos y llegar a poner en peligro hasta la supervivencia humana. Pero este argumento, que es la base para que el escéptico, el desencantado, el pesimista justifique de hecho la desmovilización y el conformismo, creemos que puede y debe ser asumido en el sentido estrictamente contrario al habitual: lejos de ser tenido como la amenaza que, de tener lugar, acabe por hundir a los hombres y su mundo en el desastre y, consiguientemente, vuelva imposible y hasta irrisorio todo afán de transformación radical, convendrá tenerlo en cuenta como una de las razo-

nes más imperiosas para urgentemente acelerar y profundizar la lucha con el objeto de “ganarle tiempo al tiempo” y que la pugna histórica contra el sistema imperante, no se vea impedida u obstaculizada por las posibles amenazas de desastre (que el propio régimen capitalista –su generador esencial– quizás no tiene forma de conjurar) y por las ideas pesimistas que, conscientemente o no, se vuelven cómplices no sólo del sistema imperante sino del propio caos que creen entrever en lo futuro.

3. Los *principios* de la Organización Autogestiva de Combate constituyen tanto los fundamentos como los ideales que animan su acción. El *programa*, que se deriva de ellos, está conformado por la estrategia y la táctica, esto es, por los medios requeridos para su consecución. Si los *principios* hablan, entonces, de la finalidad prioritaria de la organización, el *programa* alude al método o camino para obtenerla. Como lo hemos aclarado a lo largo de este escrito, la finalidad esencial que ha de buscar la red autogestionaria es la gestación de un *Contrapoder* que, tras un largo e intenso proceso de construcción, y a partir de una coyuntura revolucionaria especial, devenga nuevo régimen –al que podemos designar de *autogestión social*– cuya tarea fundamental será la construcción del *Modo de Producción Autogestionario*. La vinculación de los Principios y el Programa da por resultado, entre otras cosas, lo que podemos llamar la *estrategia de la autogestión* que ha de ser, creemos, la línea de acción rectora de la nueva organización. Pongamos un ejemplo significativo de cómo tendrán que operar los luchadores animados por esta estrategia de la autogestión.

Las pugnas anti-globalizadoras pueden ser asumidas como fin o como medio. Si se las adopta como *fin*, se tiene la pretensión y la esperanza —la ilusión diríamos más bien— de detener el avance arrollador de la pandemia capitalista, combatir sus abusos, someter su barbarie a cierto proceso civilizatorio. La transformación del capitalismo salvaje en capitalismo civilizado es, sin embargo, una utopía (en el sentido de lo inalcanzable), más ilusoria que la erradicación del capitalismo por la autogestión social. En el mejor de los casos, la barbarie puede enmascarse, ocultar sus peores características y fingir humanismo y buenas maneras; pero todo esto, además de no ser sino el intento de continuar y reproducir la explotación económica y la dominación política con el menor número posible de conflictos sociales, no puede ser sino una fase transitoria de nueva cuenta hacia otra etapa del capitalismo salvaje, ya que este sistema, por el afán de lucro, la anarquía de la producción, el divorcio permanente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción y, lo que no debe dejarse nunca de lado, el despotismo congénito, está incapacitado para ubicarse en una línea de progreso permanente que llevara de lo salvaje a lo cada vez más civilizado. Si las luchas antiglobalizadoras se emprenden, en cambio, como *medio*, como campañas aglutinantes y educativas, como formas de conocerse, conocer al enemigo y pulsar el ánimo de las masas, como *reformas revolucionarias* que ayudan a limitar mucho o poco la fuerza del enemigo, a construir el nuevo mundo dentro del marco del viejo o a coadyuvar al surgimiento de la fase histórica en que se obligue al poder a dejar el lugar privilegiado en que se halla, entonces se conciben las luchas

dentro de la *estrategia de la autogestión*. Son hitos, tácticas, pasos, que norman la acción a partir de un ideal regulativo. La estrategia de la autogestión impele a intervenir en estas pugnas, a sabiendas de que muchas de ellas no podrán obtener a cabalidad el fin que se proponen ni mucho menos detener el avance avasallador del capitalismo en su proceso de mundialización. Tanto el triunfo como el fracaso han de servir, creemos, de motivo e impulso para la continuidad de la lucha.

La tarea revolucionaria fundamental de nuestra época, en todas partes, es la de generar, construir, levantar paso a paso e infatigablemente el *Contrapoder*. Sin el *Contrapoder*, que es una anticipación del futuro, la construcción del mañana en el ahora, la adopción *desde ya* de una nueva forma de vida, el *Poder* no va a hacer nunca mutis y salir definitivamente de la escena. Este *Contrapoder* tiene, entre otros, dos aspectos relevantes: el *positivo* (lo mencionado ya: la construcción desde ahora de una, llamémosla así, nueva formación social) y el *negativo* que alude al carácter opuesto al *Poder*. Cae de suyo que el *Contrapoder* no es, no puede ser, el Modo de Producción Autogestionario en su plena realización. La existencia del *Poder* actual lo perturba, lo limita, lo combate y lo define. El *Contrapoder* está construyendo algo, pero lo ha de hacer en las peores condiciones: cuando tiene sobre sí la acción corrosiva y devastadora del *Poder* con mayúscula y del sinnúmero de poderes con minúscula. Por eso la generación del *Contrapoder* es revolucionaria. Por eso asimismo conviene hablar, como lo hemos hecho, de revolución en un sentido *amplio* — y aquí cabe la creación anticipativa de lo porvenir — y de revolución en sentido estricto, como el cambio (o salto) de un régimen a otro.

El *Contrapoder* tiene que ir de menos a más. Objetivo fundamental de la Organización Autogestiva de Combate (OAC) es generar el sujeto histórico de donde surja el sepulturero del *Poder* capitalista. Este sepulturero, por consiguiente, no sólo estará conformado por la OAC, sino por el movimiento de masas que responda a sus propuestas o que sea arrastrado por sus consignas. Este sujeto histórico, insistamos, ha de tener un carácter destructivo-constructivo porque sabe que sólo se puede destruir definitivamente un modo de producción si hay otro, atractivo, con que reemplazarlo. La oposición al *Poder* pasará — ya lo hemos dicho — por diversas fases: llegará el momento en que adquiera la fuerza suficiente para operar como *grupo de presión* frente al poder estatal o internacional, organizando grandes mítines, acciones de protesta, desobediencia civil, etc.; pasará después a una etapa en que adquiera la fuerza indispensable para determinar ciertos actos del *Poder* o para atarle las manos a éste en su propósito de llevar a cabo alguna de sus enloquecidas acciones, empleando los métodos mencionados anteriormente más lo que podríamos denominar la *táctica del efecto multiplicador*, es decir aquella que, cuando una acción de protesta es reprimida, responde promoviendo y organizando muchas otras; y llegará finalmente al momento en que sea dable *desplazar al Poder del lugar en que se halla*.

Antes de que el nuevo sujeto histórico — en cuya base se hallará el proletariado actual que logre organizarse — pueda obligar al poder capitalista a retirarse por la fuerza de sus puestos de mando y privilegio, se vivirá una fase muy conflictiva de dualidad de perspectivas, de equilibrio de sociedades, de coexistencia y lucha entre lo nuevo y lo

viejo. No podemos llamar a esta fase “dualidad de poderes” como Lenin denominaba al momento histórico en que hubo una suerte de equilibrio inestable de fuerzas entre el poder soviético y el poder burgués, porque el *Contrapoder* de que hablamos no es un poder, ni podemos referirnos, por ende, a algo así como la coyuntura en que el *Contrapoder tome el poder*, porque el propósito estratégico de aquél no es sustituir un poder por otro, sino arrojar de su sitio al *Poder* para colocar en su reemplazo... al *Contrapoder*, o sea al Autogobierno. Y esto a todos los niveles. Cuando se habla de poder se halla siempre implícito en lo dicho un desdoblamiento entre quien ejerce el poder y quienes sufren o resienten tal ejercicio, entre los gobernantes y los gobernados, entre un estado mayor y una tropa. El concepto de poder es, por ello mismo, dicotómico. Todo poder implica una jerarquía y —quíerese o no— una sustantivación del mando. Las ideas de que un poder proletario (o popular) debe derrotar al poder burgués no son suficientemente claras ni políticamente correctas, porque si bien asumen el desdoblamiento inherente a la conceptualización clasista, y señalan que el proletariado (o el pueblo) es quien debe ejercer el poder contra el enemigo (burgués), se definen de modo puramente negativo diciendo lo que van a hacer con el otro, pero no esclarecen lo que son, esto es, cómo están estructurados y hacia dónde van, silencio éste que protegió el hecho de que la llamada dictadura del proletariado no sólo implicó la acción represora contra el poder burgués, sino la dictadura del partido —y los intereses de clase que en él predominaban— sobre el proletariado. Por eso hay que decir que, al llegar al *punctum saltans* (o a la revolución

en el sentido estricto del término), el *Contrapoder*, que está conformado por una red autogestionaria, no toma el poder, sino que excluye de éste a la burguesía, y ocupa su lugar, pero no como *Poder*, sino como *Contrapoder*, esto es, como Autogobierno. En la noción autogestiva de Autogobierno desaparece el desdoblamiento dicotómico inherente a *toda forma de poder*, en el Autogobierno no hay la separación entre los que mandan y los que obedecen, sino que existe (o tiende a existir) una identidad entre ellos.

4. La lucha contra el Poder —contra el capitalismo autoritario y el autoritarismo capitalista— es extremadamente difícil, porque mientras el Poder es permanente, los movimientos anticapitalistas son efímeros o, por lo menos, sin la perdurabilidad que caracteriza al enemigo. Los movimientos (de masas) nacen, se desarrollan y mueren o, dicho de otro modo, se embarcan en ese mar de incertidumbre del flujo y el reflujo. De aquí podemos obtener la conclusión de que el *Contrapoder* no puede ser únicamente un movimiento, sino que más que nada ha de ser una amplia, flexible, abierta, pero organizada, agrupación destructivo-constructiva. La organización tiene, en general, más duración que el movimiento.

Pero hay que confiar en este principio: el movimiento genera organización y la organización genera movimiento. ¿Cuándo, cómo ocurre tal cosa? Cuando, al calor del movimiento, surgen voces, adecuadas y pertinentes, producto de una buena lectura de la realidad, llamando a organizarse, y hacerlo de acuerdo con los intereses de las minorías activas y de las mayorías de participación política irregu-

lar. Y cuando las organizaciones anticapitalistas lanzan consignas adecuadas o llamamientos oportunos a la movilización. La epidemia globalizada del capitalismo coincide con la trama de una gran novela: *Ensayo sobre la ceguera*. La ceguera, en efecto, se halla en todas partes. Nos hace ir a la deriva. Nos oscurece el porvenir. Nos instala en las negras galerías de lo incierto. Pero *organizarse es empezar a ver* (Saramago). Por eso la espina dorsal del movimiento — esto es, del *Contrapoder* — tiene que ser la organización.

5. La estructuración del *Contrapoder* globalizado sólo es posible porque el capitalismo ha roto sus fronteras tradicionales y se ha volcado a la globalización y a la mundialización. Por eso ha sonado la hora de poner las primeras piedras de la Nueva Asociación Internacional de Trabajadores (y humillados y ofendidos) del régimen capitalista.

Independientemente de sus diferencias — que no hay que olvidar o desdeñar — las cuatro Internacionales socialistas, y la Internacional Anarquista (la I.W.W.), adolecían de una similar limitación o condicionamiento material: el capital no se había derramado a su globalización. Las economías capitalistas eran, en cierto aspecto, nacionales, y aunque había un *mercado interno* de los países capitalistas, existía una amplia periferia precapitalista — en una época — y un sistema alternativo (o “socialista”) en otra. Incluso en la etapa del llamado imperialismo (económico) — fines del siglo XIX y buena parte del siglo XX —, la globalización era impedida por las medidas proteccionistas y arancelarias de las naciones capitalistas (promovidas por sus burguesías nacionales) y por los *mercados externos* al capital (precapitalistas y postcapitalistas).

Había un divorcio, pues, entre lo nacional y lo internacional. Desgarramiento debido al papel central que jugaban las fronteras, los grandes bloques amurallados por el proteccionismo, el chovinismo imperial y el nacionalismo defensivo. De ahí que los socialistas hablaran de movimientos o revoluciones *nacionales por la forma e internacionales por el contenido*. Pero visto ello a distancia, más bien debería de haberse hablado de acaecimientos nacionales *por la forma* e internacionales *por el deseo*, ya que la fórmula empleada no era, en el mejor de los casos, sino un ideal cosmopolita que nunca podía realizarse. El llamado *internacionalismo proletario*, por ejemplo, se quedaba en magras realizaciones, intentos frustrados o simple y llanamente en proyecciones oníricas, por la perturbación que las fronteras —que separaban al propio capitalismo— inflingía en la clase trabajadora. *No había entonces* —insistamos— *condiciones materiales para la universalización de la lucha*. Resulta conveniente aclarar por qué actualmente todo movimiento anti-neoliberal, surgido donde sea, muchas veces se convierte casi automáticamente en internacional, toda rebeldía regional se hace centrífuga, todo descontento local tiende a extenderse e ir más allá de sus fronteras. Una primera respuesta salta a la vista: dada la globalización del capital y del trabajo —del carácter itinerante y “golondrino” del primero y del irrefrenable proceso migratorio del segundo— toda lucha, rebelión, revuelta es simultáneamente regional y nacional, nacional e internacional tanto en su forma —el lugar donde se da— como en su contenido —la repercusión que tiene en otras partes—, y el énfasis en una cosa o en otra es de matiz y de coyuntura. Eso, por un lado. Por otro, el capitalismo, al globalizarse, al

tender a su mundialización, arrastra consigo todas sus características fundamentales: la explotación, la reproducción ampliada, la anarquía de la producción, la tasa decreciente de la cuota de ganancia... y las crisis. Las crisis — aquí nos es imposible demostrarlo, pero sí mostrarlo — no sólo reaparecen ahora y reaparecerán mañana en el complejo entramado de sus ciclos largos y sus ciclos pequeños, sino en su doble carácter, desigual y combinado, de lo universal y lo particular. Las crisis inherentes al capitalismo globalizado, en efecto, implican y subsumen las crisis particulares, y no sólo en el sentido *coyuntural* de un mal funcionamiento del capital en determinada parte o partes del mundo, sino en el sentido *permanente* del empobrecimiento radical de la mayor parte del mundo. Además, no sólo el capital y el trabajo han salido de sus fronteras y han irrumpido en otras partes, sino que *la información ha sido también globalizada*. Vía los medios masivos de comunicación, de la computación, de la informática, etc., lo que ocurre en una parte del mundo se sabe casi al mismo tiempo en que sucede, en muchas otras partes. Por eso es posible y necesario empezar a crear la *Nueva Internacional*, que no será otra cosa que la *Internacional del Contrapoder*.

6. ¿Cómo estará organizada la *Nueva Internacional*? Nuestra propuesta al respecto es clara: lo estará de acuerdo con lo que hemos llamado la *democracia centralizada* y sus principios fundamentales. Esta forma — que implica la existencia de *cesinpas* y redes — no sólo ha de ser la de la Organización Autogestiva de Combate a nivel nacional, sino a nivel internacional.

Pero recordemos en qué consiste la democracia centralizada. La red de *cesinpas* tiene que *autoorganizarse*. La

forma primera y más espontánea en que se vinculan los comités agrupados en una red, es la relación horizontal. Pero la democracia centralizada nos dice que a esta última debe ser añadido un doble y combinado movimiento de concentración: el que va de abajo arriba (las bases eligen a sus representantes) y la que va de la periferia al centro (las secciones se centralizan).

Pondremos este ejemplo:

Estos cuatro comités del DF designan, de acuerdo con ciertas disposiciones reglamentarias convenidas previamente, representantes ante un centro.

Por otro lado, cuatro comités de Monterrey: también eligen representantes ante un centro.

Los dos centros regionales (DF y Monterrey) escogen sus representantes nacionales.

La organización, tomada en su conjunto, quedaría, entonces de esta forma.

Varias aclaraciones.

A) El centro tiene que ser obligatoriamente *un centro sometido a control* de diversas maneras. Mencionaremos la más obvia y natural: cada comité debe supervisar de modo permanente las acciones de su o sus representantes, de modo tal que al colectivo le asista el derecho de removerlos (o no) en el momento que sea si lo juzga conveniente. Este principio del *centro controlado* —base del mandar obedeciendo y del obedecer mandando— se sustenta, pues, en el derecho y la obligación de toda *cesinpa* integrada en una

red de destituir (o no) a sus delegados de acuerdo con la fidelidad o infidelidad de la representación.

B) La organización de que estamos hablando implica, como base del proceso de representación, lo que podemos llamar la *democracia cognoscitiva*, esto es, el hecho de que en el colectivo, se elige a *quien se conoce* para ser representante en otra instancia. Por eso las *cesinpas* no deben ser demasiado grandes, y si lo son, conviene que se dividan. Y ello es así, porque, en el acto representativo, no se elige una imagen, sino a un individuo, a un compañero o compañera que ha demostrado en la práctica hallarse capacitado para llevar a buen fin las tareas de la representación.

C) El procedimiento electivo del que hablamos, implica, sí, una *representatividad directa*, pero sólo de una instancia a otra. A diferencia de ello, la llamada *democracia directa* — en que la base elige a los máximos dirigentes — no se funda en la democracia cognoscitiva, sino en esa “democracia” imagológica, cara a los burócratas que han advertido las posibilidades de la mercadotecnia política y de la creación mediática de imágenes que responden a sus intereses. La democracia centralizada implica, como se ve en el ejemplo, una estructuración escalonada de instancias; pero que resulta verdaderamente participativa porque todo centro — el formado por la primera, la segunda o la tercera instancias — es un centro *vigilado, supervisado, controlado*. El arma esencial del control — la posibilidad de remoción de los delegados en todo momento — es un principio — un derecho y una obligación — fundamentalmente irrenunciable de esta forma de organización.

D) Las formas concretas de representación serán poco a poco entrevistas, analizadas y asumidas por la *red*. Es po-

sible que, en su inicio, cuando el tejido de *cesinpas* se inicia y no sea demasiado complejo, haya una representación igualitaria, esto es, que cada célula –independientemente del número de integrantes– envíe al mismo número de representantes ante el centro regional, etc. Pero después, cuando el archipiélago crezca y se complique, habrá que llevar a cabo una representación proporcional, etc.

E) No estarán prohibidas, desde luego, las relaciones horizontales.

Es importante subrayar que, a nuestro entender, la *Nueva Internacional* habrá de globalizar, por así decirlo, la democracia centralizada. Frente a los centros de poder del capitalismo neoliberal (el FMI, el BM, la OMC, el G-7 y, tras ellos, el titiritero imperial estadounidense), tarde o temprano se erigirá el *Contrapoder* organizado no sólo a nivel regional, estatal y nacional –como hemos visto– sino internacional. La estructura organizativa supranacional será una prolongación de la nacional: la oposición anticapitalista organizada en cada país enviará representantes ante una instancia rectora mundial, un centro-expresión de la democracia real anticapitalista, un comité coordinador y directivo –removible en cualquier momento– bajo el control y la permanente vigilancia de la base.

Es preciso insistir –porque ello se puede prestar a confusiones– que, aunque formal y semánticamente la *democracia centralizada* aparece como la inversión del *centralismo democrático*, es muchísimo más que eso, porque la mera inversión se convierte en indicadora o demandante de una ruptura y reconstrucción, porque el trueque de contrarios

apunta a una modificación esencial del carácter global organizativo —de allí que esta inversión no sea meramente una transmutación sino una *inversión-ruptura*—: no es ya una democracia que depende, se supedita y enajena —abiertamente o no— al centralismo, sino una democracia que toma conciencia de sus limitaciones (en la lucha de clases) y se centraliza. La centralización es aquí, entonces, obra, y también tarea, proceso, decisión de la democracia. La prioridad en el *centralismo democrático* la tiene el centro. La prioridad en la *democracia centralizada* la posee la democracia. Pero no basta con lo anterior porque la inversión puede degenerar en simple *transmutación* y el centro surgido de la democracia puede exaltarse, contraponerse, sustantivarse frente a su condición generadora (la democracia) y restablecer el centralismo sin democracia, aunque con el agravante demagógico de ser creado por el “deseo” de la base.

La inversión —tras de superar la simple transmutación— se convierte en *punto de apoyo* para la ruptura con el centralismo democrático y la reelaboración teórico-práctica de una nueva propuesta organizativa, cuando rompe con el *status* de los términos de la relación y reestructura su articulación. Es preciso, entonces, entender por democracia algo distinto a lo habitual: la auténtica democracia sabe desde un principio que no debe permitir que, al centralizarse, la instancia directiva que surja de ello se sustantive y se le contraponga. Por eso tiene que elaborar la forma concreta de controlarlo. De allí, por ejemplo, la necesidad de remoción de los representantes en cualquier momento, la rotación de cuadros, etc.

Pero la noción de *centro* también tiene que cambiar. Se trata de un centro dependiente. No sólo porque ha sido

elegido sino porque está perpetuamente supervisado. No es un centro organizador, sino organizado o, si se prefiere, un centro organizado para organizar; pero no organizado para convertirse en poder sustantivado. Es un centro por medio del cual la democracia se da coherencia y unidad a sí misma. La centralización, esta centralización, no es lo contrario de la democracia, sino una de las formas fundamentales que asume la democracia *en lucha* para conservar su esencia.

La democracia que se centraliza no es una democracia formal y el centro (controlado) que surge de ello no es un centro contrapuesto a la base y sustantivado. La democracia centralizada tiende a y busca permanentemente disolver la contradicción centro/democracia o democracia/centro a favor del *todo continuo democracia-centro*. Se trata, desde luego, de un proceso, no de un acto. Es un proceso que implica la simultánea lucha por la transformación de la conciencia. Los individuos que tienden a mandar — que se ven constreñidos por su problemática psicológico-personal a ejercer el mando — tienen que aprender a obedecer; los que tienden a obedecer — porque sus condiciones anímicas los empujan a la sumisión — tienen que aprender a mandar. La base debe pugnar por ser dirección y la dirección debe luchar en contra de la renuencia a convertirse en base. ¿Que esto es un ideal? desde luego. Es el ideal o la idea reguladora, que debe normar a la democracia en su proceso de centralización.

H. HACIA LA UTOPIÍA

Perseguir un ideal implica una estrategia. Para tenerla en cuenta, para elaborarla, para perfeccionarla sin cesar, hay que meditar tanto en la naturaleza del sistema de vida predominante (el capitalista), como en la del tipo de sociedad al que —estamos seguros de ello— tarde o temprano aspirarán las víctimas de la formación social contemporánea. La naturaleza de un régimen supone una determinada *lógica*. La *lógica de un sistema* no sólo alude a su conformación estructural (y las relaciones económicas y sociopolíticas que la definen), sino a las participaciones, acciones espontáneas y actos de voluntad que, condicionados por aquéllas, acompañan al régimen en cuestión. Por consiguiente, la lógica del sistema se mueve con y registra el entramado de lo objetivo y lo subjetivo. Sin embargo, no todos los elementos que intervienen, conforman y definen una *lógica social* juegan el mismo papel: algunos de ellos constituyen su *meollo*, el fondo a partir del cual todo lo demás recibe una organización y un funcionamiento peculiares. El meollo de la lógica capitalista está constituido por las relaciones sociales definitorias y en especial por la propiedad privada. Y aquí no sólo aludimos —habrá que puntualizar— a la propiedad privada de los medios de producción, sino a un amplio espectro del término *propiedad*, que abarca, a más de la apropiación material, el adueñamiento de ideas, personas y grupos sociales...

No sólo pertenecen a la lógica del sistema capitalista la explotación del trabajo, la economía de mercado, la búsqueda

de “paraísos fiscales”, las guerras, los atropellos, el ecocidio, el machismo inveterado, etc., sino los consejos, los “análisis” basados en el supuesto de su permanente reproducción, las “críticas”, de buena o mala fe, que pretenden perfeccionar su curso, evitar sus tropiezos, desarmar sus crisis.

Al igual que el capitalismo naciente fue diseñando oponiendo su propia lógica a la lógica feudal, hoy en día, se está conformando, definiendo, visualizando una lógica *alternativa* a la predominante. Su meollo no sólo se halla en la desaparición de la propiedad privada de los medios productivos — como creía el viejo y anquilosado “socialismo” — sino en lo que podríamos llamar una revolución de revoluciones articuladas, o simplemente Revolución Articulada (RA), que consiste — vista a grandes rasgos — en advertir el carácter *ternario y polivalente* de la sociedad que nos ha tocado vivir, y tratar de superar los conflictos inherentes a tal estructuración, o, lo que viene a ser lo mismo, tomar conciencia de las contradicciones implicadas por el régimen capitalista y crear las condiciones de su resolución. Es evidente, por otro lado, que entre la lógica capitalista y la lógica alternativa hay ya, y tenderá a profundizarse y agudizarse, un contraste evidente. Si quisiéramos hablar de la *lógica de estas lógicas*, lo primero que habría que subrayar es que no se trata de lógicas asimilables o discursos que, recorriendo diferentes derroteros, de pronto se encuentran, se amalgaman, se unifican. No. Se trata de lógicas con *meollos excluyentes*. No hay la posibilidad de una síntesis lógica entre el capitalismo y la autogestión. Y no la hay porque la *lógica de estas lógicas* nos habla de la imposibilidad de identificación entre ellas. Hay que hacer énfasis, sin embargo,

en que la nueva lógica —la del *Contrapoder*, la Nueva Internacional, la Autogestión— no surge de la nada, sino que se entronca con la lógica del capital, o, como lo dijimos con anterioridad, nace en y por el capital, pero contra él.

Mas en todo esto puede haber engaños y confusiones. Por ejemplo, es frecuente hallar alguna “lógica” que pretende ser o decir ser parte más o menos importante de la nueva lógica, pero no logra escapar a las redes enajenantes del poder capitalista. Se trata, pues, en cierto sentido, de una lógica fallida porque, aun guardando distancia en apariencia con la lógica imperante, no da, no encuentra el meollo de la lógica de la liberación. Se trata, además, y en otro sentido, de una lógica subsumida a la lógica capitalista (o unificada, en fin de cuentas, con ella) porque lejos de coadyuvar a la conformación del *Contrapoder*, sale en auxilio de la supervivencia y consolidación del sistema capitalista y de su lógica. Éste es el caso —sin olvidar las innegables aportaciones que trajeron consigo y las diferencias entre ellos— de los marxistas tradicionales y de los anarquistas de viejo cuño. Los ultras y los terroristas tampoco están, desde luego, en capacidad de superar la lógica del sistema capitalista.

No sólo existe, entonces, una lógica del modo de producción imperante y una lógica del régimen alternativo, sino una más que comprende el complejísimo tránsito de una a otra. Esto salta a la vista en los intentos de explicar las diferencias fundamentales entre el feudalismo y el capitalismo y la forma específica en que tuvo que realizarse el reemplazo de un sistema por otro. Los clásicos de la ciencia política —de Hobbes en adelante— algo vislumbraron de la complicada articulación de estas diversas lógicas. Echando

mano de una hipótesis *contractualista*, opinaron que la sociedad dio un salto, mediante un contrato social, del estado de naturaleza a la sociedad civil. La explicación que daban simulaba moverse en un alto grado de abstracción, porque pretendía dar cuenta y razón del brinco, así en general, de la prehistoria a la historia, del estado salvaje a la civilización, de la animalidad del hombre a la humanización del mismo. Pero salta a la vista que, en medida importante, su teorización no podía escapar al condicionamiento histórico de su época. Esto es especialmente claro en Hobbes cuando hace notar que sólo uno — el soberano — se halla excluido del convenio por medio del cual todos los integrantes de la sociedad deciden prescindir, dentro de ciertos límites, de su libertad individual para dejar de lado el derecho del más fuerte a favor de la (supuesta) igualdad de todos ante la ley. La explicación que nos ofrece el teórico inglés se refiere en realidad más directamente al tránsito de la feudalidad al absolutismo, que a un esclarecimiento en general de la civilización. No tenemos la posibilidad de estudiar con detalle en este sitio cuáles eran las diferencias estructurales entre el feudalismo y el capitalismo y cuál la lógica de la transformación o de la transmutación de una formación a otra. Pero es claro que, siendo el absolutismo un régimen de transición, se muestra, junto con la acumulación originaria del capital, etc., como parte fundamental de *la lógica del tránsito*. En la actualidad ya no podemos sostener que el contrato social, concebido como acta de nacimiento de la sociedad civil, representaba realmente el salto del estado de naturaleza al estado social, porque no era otra cosa que el desplazamiento de las desigualdades feudales por

las desigualdades burguesas. En realidad el estado de naturaleza, el estado zoológico, la lucha de unos contra otros y la explotación de millones de hombres por un puñado de capitalistas no ha desaparecido, y por lo tanto hace falta un *nuevo contrato social*, que, echando a andar una nueva lógica, una lógica de transición, nos lleve del mundo de la necesidad al mundo de la libertad o, si se prefiere, de la fase inhumana en la que vivimos a la humanización del hombre, es decir a la materialización del salto cualitativo entre la lógica del capital globalizado y la lógica de la autogestión social.

Es pertinente repetir aquí que no sólo hay una *lógica capitalista* y una *lógica* —inexistente aún— *de la autogestión social* (o del modo de producción autogestionario), sino una *lógica de la liberación* o del tránsito revolucionario de un sistema a otro.

Para acercarnos a esta última, conviene reflexionar críticamente sobre la transformación social que condujo al surgimiento de los llamados países socialistas. Estos regímenes advinieron a su nueva realidad social por medio de revoluciones (URSS, China, Yugoslavia, Cuba, etc.) que habría que examinar desde el punto de vista de la *lógica de la liberación*. Ya lo dijimos: estos procesos de cambio dominaron el aspecto *destrutivo* de la lógica de la liberación; pero no el aspecto *constructivo*: arrasaron con el sistema capitalista, pero no lograron generar el socialismo. La *lógica de la liberación* nos muestra palpablemente que la idea de que basta con *destruir* el capitalismo para que se genere la emancipación o que hay que concentrarse en la aniquilación de tal régimen y su economía de mercado, ya que lo

demás vendrá por añadidura, es una peligrosa ilusión. La *lógica de la liberación* tiene que tomar en cuenta, pues, los dos aspectos y no puede poner el acento en uno en detrimento del otro como cuando, en la vieja AIT, los marxistas exaltaban el aspecto destructivo sobre el constructivo y los bakuninistas priorizaban el segundo sobre el primero. Por eso, nos hallamos convencidos de que no sólo hay que examinar las formas en que el poder capitalista debe ser hecho a un lado para siempre, sino que nos parece ineludible la creación de un *Contrapoder*, que no es sino el embrión del modo de producción autogestionario, y que —bajo el principio dialéctico de que en el seno de lo viejo se genera lo nuevo— hace referencia al aspecto *constructivo* y revolucionario, en el sentido amplio del término, de la *lógica de la liberación*.

Pero hay otros elementos que suelen mencionarse como partes de la lógica del cambio: la lucha electoral, la alternancia y hasta el terrorismo plebeyo, desde abajo. ¿Qué decir de ellos?

La lucha electoral, por ejemplo, ¿a qué lógica pertenece? ¿A la lógica del sistema o a la lógica de la liberación? Adelantemos la respuesta: en términos generales es un ingrediente, no circunstancial o aleatorio, sino consustancial e imprescindible, de la democracia burguesa. ¿Por qué? Porque su función primordial consiste en reproducir las condiciones de un sistema cuyo propósito esencial es producir mercancías, plusvalía y especulación. Reproducir esas condiciones, a veces mejorar, a veces empeorar; pero sin trascender nunca los límites del régimen. *La emancipación del hombre no va a ser jamás lograda por medio de la lucha electoral,*

porque ésta se halla diseñada en todas sus partes – propaganda mediática, comicios, función específica del nuevo poder – para frustrar tal empeño y para, sin embargo, dar la impresión de que con ella se impone la voluntad popular. Si, en alguna ocasión excepcional gana las elecciones un proyecto político que cuestione o ponga en peligro el modo de producción imperante – como en el caso de Salvador Allende en Chile – *se presenta inexorablemente la contrarrevolución*, esto es, la lucha armada contra el pueblo indefenso. Esto ocurre incluso cuando llega al poder vía las elecciones un gobierno – como el populista de Hugo Chávez en Venezuela – que pretende escapar, no al capitalismo, sino al modelo neoliberal. Lula da Silva se ha encumbrado recientemente al poder ejecutivo de Brasil a través de las urnas. Al imperio y al capital globalizado le fue imposible atajarlo y detenerlo por el enorme e impresionante apoyo popular. Pero, tomando en cuenta los candados y las complejísticas dificultades socioeconómicas con que ha accedido al lugar en que se halla, no sabemos aún qué vaya a ocurrir con su gestión. Mas, pase lo que pase, resulta un hecho de excepcional importancia que nos obliga a estar atentos a lo que ocurra en este punto clave de América del Sur.

Por principio, entonces, la lucha electoral no pertenece a la *lógica de la autoliberación* o a la lógica fundada en la estrategia de la autogestión, porque presupone, en un régimen presidencialista, la existencia de partidos políticos que intervienen en la lisa electoral, por un lado, y la lucha por el poder en los tres poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) y en los tres niveles de gobierno (federal, estatal y municipal). La crítica de los partidos ya la hemos hecho:

son institutos políticos donde no sólo se reproduce la división jerárquica del trabajo (predominante en la sociedad), sino que se hallan *integrados* al régimen de manera tal que podemos y debemos hablar de *partido de Estado* —si predomina uno solo en un país— o de *partidos de Estado* —si hay varias organizaciones partidarias que, como en EE.UU. y ahora en México, se reparten el poder de varias formas, entre las que sobresale la alternancia. Los partidos, por otro lado, intervienen en la lucha electoral para arribar al poder. Pero la *lógica de la liberación*, implícita en la estrategia de la autogestión, no pasa por la toma del poder, ni violenta ni pacíficamente. Insistamos: los autogestionarios no pugnan por tomar el poder, sino por inmovilizarlo, inhabilitarlo y sustituirlo por la autogestión en los tres poderes y en los tres niveles del gobierno. El propósito es desplazar al poder, atarle las manos, destruirlo porque, con ello y sólo con ello, es posible que la sociedad se *auto-reestructure* en un contrato social cuya finalidad sea humanizar al hombre.

El Contrapoder convertido en autogobierno o, si se prefiere, la autogestión larvaria transformada en autogestión social (o modo de producción auto-gestionario), tras de hacer a un lado la formación social capitalista y sus poderes, echará mano —no nos cabe la menor duda— de la democracia centralizada, que no es sólo un instrumento de lucha (y que pertenece, por ende, a la *lógica de la liberación*), sino una pieza esencial de la auto-organización social (y que forma parte, pues, de la *lógica del nuevo régimen autogestionario*). La democracia centralizada creará los centros-expresión —supervisados y removibles— en lo federal, lo estatal y lo municipal, designando puntualmente —al mar-

gen del *pandemonium* del espectáculo electoral y su democracia “directa” e imagológica — los tres poderes o, mejor, los tres comités que legislen, ejecuten y juzguen con y desde la orientación y los principios de la nueva sociedad.

Hasta aquí hemos hablado de la regla, aludamos ahora a la excepción. No podemos dejar de tener en cuenta que, en una situación especial — diríamos que única — la oposición revolucionaria podría y debería intervenir en las elecciones burguesas. *Conditio sine qua non* para hacerlo, cae de suyo, es saber lo que son ellas en esencia y la función que desempeñan. Pero, además, habría que hacerlo tomando tal lucha y participación no como fin, sino como medio, no para coadyuvar a la incesante reproducción del régimen, sino para usarlo como trampolín para abocarse a tareas, planteamientos y orientaciones anticapitalistas. No como reformismo conservador, sino como reformismo revolucionario. Se podría hacer esto, si y sólo si, ante un rico despliegue de posibilidades prometedoras, se concibe la lucha electoral como una oportunidad para pasar a otro nivel de lucha, organizarse y... denunciar a los partidos, la misma lucha electoral y la política destinada a hacerse del poder y sustituir permanentemente unos amos por otros. Este planteamiento es de muy difícil realización y conlleva el peligro de que, en vez de que la oposición revolucionaria y el movimiento autogestivo utilicen a lo electoral, sea éste el que acabe por imponerse sobre ellos. No obstante, aunque la posibilidad de hacer un buen uso de la lucha electoral es remota (diríamos casi inalcanzable) no deja de ser eso: una posibilidad, y en ese sentido hay que tomarla en cuenta.

La alternancia (el reemplazo de unos gobernantes por otros elegidos electoralmente) es un cambio dentro de la

misma lógica, no un cambio de lógica, es una mutación de cantidad, no de calidad. La ideología burguesa no sólo presenta a veces las modificaciones de detalle, estilo o intereses específicos, como cambios profundos — tal el “salto” de Zedillo a Fox en México — sino que reinterpreta los conceptos tradicionales de izquierda y derecha a la medida de la *lógica del sistema*.

Cuando se dice que tales o cuales candidatos son más de izquierda, o más de centro-izquierda, o más de centro-derecha, o más de derecha que otros, estos conceptos (izquierda/centro-izquierda/centro-derecha/derecha) son nociones constreñidas, por un lado, a lo puramente electoral y, por otro, a la *lógica del sistema*. Si quisiéramos reivindicar estos conceptos habría que salirse de esa lógica y vincularlos a la *lógica de la liberación*. Para ésta la izquierda no es el engrosamiento del Estado ni la derecha el adelgazamiento del mismo. Para ella, mientras la izquierda se identifica con la autonomía popular y el *Contrapoder*, la derecha lo hace con el poder capitalista y la heterogestión. La *lógica de la liberación* no puede aceptar la alternancia como fin. Pero ¿y cómo medio? Hay que decirlo nuevamente: ello sólo es posible en una situación excepcional... Además, canalizar la actividad toda en esa dirección puede resultar peligroso por las mismas razones que mencionamos al hablar de lo electoral. En resumen: tratar de hacer viable esta posibilidad, que exigiría un enorme esfuerzo, conlleva el riesgo de restar energía al proyecto emancipador.

La lucha por la emancipación rechazará toda forma de terrorismo. No sólo el del Estado — que es una de las prácticas más abominables del enemigo — sino también el otro: el

de abajo, el pretendidamente antimperialista. El choque de los terrorismos es la guerra propia del mundo globalizado, el cual, además de universalizar la explotación, fomentar la balcanización y propagar el individualismo, conduce al enfrentamiento de los terrorismos. Este enfrentamiento puede ser considerado, en efecto, como la guerra propia del mundo unipolar o, como alguien ha dicho, uni-multipolar que existe ahora. Hasta el siglo XX, las guerras tenían lugar con enemigos visibles, de Estado a Estado y hasta muchas veces con *declaración de guerra*, ahora, tras el atentado del 11 de septiembre de 2001, son colisiones que se llevan a cabo, y probablemente lo seguirán haciendo, entre el imperio (y sus aliados) y enemigos *invisibles*, difícilmente localizables y sin *declaración de guerra* (porque uno de los elementos estratégicos de mayor importancia con que cuenta el terrorismo “anti-imperialista” es la sorpresa). Se trata de la guerra de los débiles, la lucha de la impotencia, el imperio de la venganza: este terrorismo, aunque sea por momentos, vuelve poderosos a los débiles y débiles a los poderosos, sin importarles el sacrificio de inocentes que conlleva su práctica.

A decir verdad, el terrorismo de Estado precede y funda, en general, al otro terrorismo. Las acciones terroristas del poder, junto con todos sus desmanes y atropellos, generan la idea de la venganza y la decisión de responder, en la medida de lo posible, con la ley del Talión. Entre el terrorismo de Estado y el otro puede generarse — ya lo está haciendo — una acción mutua interminable como lo que ocurre entre norteamericanos y árabes, judíos y palestinos, rusos y chechenos, etarras y españoles. Es *el cuento de horror de nunca acabar*.

Independientemente de lo que sus realizadores creen o digan, el terrorismo no gubernamental o supuestamente antimperialista *no puede formar parte de la lógica de la liberación* no únicamente porque aniquila inocentes —lo que es totalmente inaceptable— sino porque da pie a la acción represora que empeora la violencia hasta los niveles del genocidio. El *Contrapoder* no puede suscribir ninguna forma de terrorismo, pero como la política expoliadora y terrorista de Estado es la que, como dijimos, da pie en general al otro extremismo, sabe que los dos terrorismos, execrables por igual, no se hallan sin embargo en el mismo nivel. Hay que denunciar a unos y a otros, pero mostrar cuál es el origen último de estos conflictos y del continuo baño de sangre que perpetran.

I. EN CONCLUSIÓN

La necesidad de un nuevo *Manifiesto* es innegable. Lo están exigiendo las condiciones sociales, la desorientación generalizada, la emergencia de nuevos protagonistas históricos, la pugna de la esperanza contra el desánimo, las tensiones entre los países capitalistas, el recrudecimiento de la lucha de clases a nivel mundial y la amenaza inminente de guerra de EE.UU. contra Irak. Pero un *Manifiesto* dirigido esencialmente a la clase trabajadora y a los líderes de opinión del movimiento anticapitalista, no puede ser, hoy por hoy, sino autogestionario. El viejo principio socialista de que la liberación de la clase obrera tiene que ser obra de ella misma, es ahora más válido que nunca; pero debe ser re-funcionalizado y re-contextualizado, tomando en cuenta

no sólo la situación actual sino las experiencias que se han tenido sobre la organización y lucha. El *Manifiesto Comunista* de 1848 no habla del Partido como vanguardia del proletariado. La concepción de una clase trabajadora que, limitada en su lucha al economicismo, requiere de un Estado mayor, se debe más bien, como se sabe, a Kautsky y, sobre todo, a Lenin. El *Manifiesto* de 48 no es, entonces, heterogestionario: cuando habla del *partido proletario* no se refiere al “jefe político” de la clase obrera, sino a la clase asalariada, contrapuesta al *partido burgués*, o sea, a la clase dueña de los medios de producción. La diferencia del viejo *Manifiesto* y el nuevo no está en que uno sea heterogestionario y el otro autogestionario, sino en que el carácter autogestionario del primero resulta demasiado abstracto e impreciso. La necesidad de que la lucha anticapitalista deviniera en más eficaz, llevó a algunos teóricos a sustituir el principio de la auto-liberación de la clase, por el de la dirección de ésta. Pero ya vimos qué ocurrió a partir de esta modificación: aunque la clase trabajadora, encabezada por “su” partido, pudo desplazar del poder a su clase antagónica (el capital privado), le fue imposible ocupar su lugar, por la sencilla razón de que si “socializó” los medios de producción, conservó inalterada la división del trabajo (tanto al interior del Partido como en la sociedad), con lo cual reemplazó a los amos capitalistas por los amos tecno-burocráticos de la *clase intelectual*. La entronización de la división jerarquizada del trabajo —producto de una revolución supuestamente socialista pero *proletario-intelectual* de hecho—, fue una de las causas del progresivo descontento de los pueblos de la URSS y otros países “comunistas” que culminó con la caída del Muro de Berlín.

La emancipación social (o la humanización del hombre) no sólo tiene que ver con las *relaciones de propiedad*, en el sentido en que la economía marxista-leninista concebía éstas. Tiene que ver también con otros aspectos, otras realidades y otras prácticas. Si el capitalismo es, en esencia, como dijimos, una sociedad *ternaria y polivalente*, o sea un entramado social donde existen — para no hablar de las mezclas — la clase burguesa, la proletaria y la intelectual, y una sociedad donde se despliegan varias *polaridades sociales* de innegable importancia (mujeres/hombres, jóvenes/viejos, etc.), el salto del capitalismo a un régimen superior, no es posible con sólo “socializar” los medios de producción, pensando utópicamente (en el peor sentido del término) que lo demás vendrá por añadidura. No. El proceso tendrá que ser visto y abordado de otro modo. Hablemos, por ejemplo, de dos de los aspectos principales que habrán de articularse con el cambio revolucionario de las relaciones sociales de producción: la división del trabajo y la antítesis de género.

1. Uno de los grandes problemas de la nueva sociedad implica el siguiente dilema: o se conserva la división del trabajo o se subvierte. Resulta teóricamente indudable, y las experiencias históricas avalan tal aserto, que una sociedad que modifica sus relaciones de propiedad, pero deja inalterable la división del trabajo, transforma su modo de producción, mas no erradica las contradicciones de clase ni sienta las bases para un régimen de socialismo democrático (autogestionario). La lucha, pues, contra la rígida división del trabajo — que ha de emprenderse desde hoy, pero que habrá de generalizarse tras la revolución *stricto sensu* — es un principio fundamental de la lucha emancipa-

toria. La revolución cultural —nombre con que podemos designar a esta pugna por subvertir la división del trabajo— no sólo debe ser un proceso ininterrumpido, porque no es un acto, sino ha de encarnar también un combate contra los desvirtuamientos y falacias que frecuentemente conlleva. Podemos llamar *vanguardismo solapado* al que es ejercido por quien, consciente de las deformaciones que acarrea el autoritarismo, lo combate de dientes a afuera, pero —velándolo— está lejos de prescindir de él. Hasta algunos anarquistas, tan empeñados en combatir el poder donde quiera que se halle, lo han reeditado y lo siguen haciendo porque quizás, entre otras razones, no son plenamente conscientes del origen social de ese verticalismo. La causa social del vanguardismo, velado o no, solapado o abierto, no es otra que la división del trabajo, y ello es así porque la sociedad capitalista es una combinatoria de dos antítesis: la *apropiativo-material* que desdobra el todo social en poseedores y desposeídos (o capitalistas y proletarios) y la *apropiativo-intelectual* que contrapone a intelectuales y manuales. El voluntarismo de ciertos anarquistas, para hablar únicamente de quienes obran de buena fe, no puede nada contra la ley de bronce de la división del trabajo y la existencia, querámoslo o no, de la *clase intelectual*. La lucha contra el vanguardismo —y su correlato: la sumisión u obediencia— implica no ocultarlo o solapararlo, sino sacarlo conceptualmente a la luz, intentar explicarlo y buscar la forma de irlo progresivamente superando. No basta, desde luego, reconocer la existencia de una *clase intelectual*, sus intereses y su psicología; esto es una condición necesaria (para la lucha contra la heterogestión) pero insuficiente. Se

requiere, además, buscar y encontrar la forma organizacional idónea para poder llevar a cabo la subversión de la división del trabajo. La célula sin partido (*cesinpa*) autogestiva es el ámbito, hemos dicho, para llevar a cabo la revolución cultural y la revolución articulada, y ello es así porque en ella el colectivo — que se ha auto-organizado y que se auto-gobierna — somete a incesante vigilancia la progresiva subversión de la división del trabajo: *proletarizar el trabajo intelectual e intelectualizar el trabajo manual*, etc.

2. En la lucha por la conquista del modo de producción autogestionario, el combate contra los privilegios patriarcales y machistas no es un problema más. El enfoque de *género* condiciona todos los otros problemas y nos muestra que, sin una toma de posición al respecto, no puede haber una efectiva lucha por humanizar al ser humano. Entre las clases sociales y los géneros hay evidentes diferencias, pero también nexos y superposiciones. Un obrero está explotado por el patrón capitalista; pero ejerce, con frecuencia, una relación de dominación con su mujer. La explotación hace referencia a la *clase*; la dominación, en este caso, al *género*. En el otro polo del espectro social las cosas ocurren de manera similar: la mujer burguesa explota económicamente a los hombres y mujeres que trabajan en alguno de sus negocios; pero no es raro que su esposo burgués se comporte con ella de manera autoritaria y hasta tiránica. No es éste el sitio para examinar detalladamente la compleja situación en que la clase social repercute en los géneros o viceversa. Puede darse el caso, por ejemplo, en que la situación de clase de una mujer — tener un capital cuantioso — impida (o por lo menos dificulte) a su pareja pobre actuar de la

manera dominante acostumbrada. Pero a veces no es así y la dominación genérica acaba por imponerse sobre la posición económica, etc. La lucha de la mujer por adquirir en todos los ámbitos de la vida social condiciones similares a los hombres, es no sólo conveniente sino imperativa; pero esa lucha, si bien es necesaria, resulta insuficiente porque los hombres —y no sólo los obreros— se hallan enajenados. No se trata, pues, de igualar a hombres y mujeres en la enajenación, sino crear las condiciones para la humanización del ser humano que comprende a ambos géneros.

Este *Manifiesto* pone el acento en que la lucha contra el régimen capitalista requiere, tanto a nivel nacional como internacional, de una hábil política de alianzas. Las víctimas y los enemigos del capitalismo —tanto del salvaje como del “civilizado”— son muchos y cada vez son más, pero están desperdigados y a veces no saben salirle al paso al individualismo, al particularismo o a cualquiera de los *sectarismos narcisistas* promovidos por la burguesía o nacidos de las propias deformaciones.

La lucha por reemplazar el capitalismo contemporáneo por la *autogestión social* implica un esfuerzo histórico inconmensurable, además de una clara comprensión de la lógica del enemigo y de la lógica de su destrucción. El modo de producción autogestionario no se va a generar al margen de la iniciativa humana. La emancipación del ser humano no se realizará como resultado fatal de tales o cuales leyes históricas (por ejemplo la ley de la obligada correspondencia de las relaciones de producción con el carácter y el grado de desarrollo de las fuerzas productivas), sino con la necesaria participación de la voluntad de los luchadores. Estos últimos

tendrán, desde luego, que conocer esas leyes y tomarlas en cuenta; pero la superación del capitalismo no podrá tener lugar a espaldas de la imaginación, el combate, la decisión de los hombres. Por eso la lucha por un régimen desenajenado implica una ética: *la ética de la humanización del hombre*.

La pugna por un socialismo autogestionario no sólo obliga a volver los ojos al enemigo, para conocer su carácter, sopesar su fuerza, escudriñar sus puntos débiles y prever, en la medida de lo posible, sus acciones, sino a tornarlos a nosotros mismos, es decir, al campo opositor, con el objeto de conquistar la sólida autognosis requerida para entrar eficazmente en la contienda. Hemos dicho que el capital globalizado engendra una clase trabajadora globalizada que es el sepulturero potencial del sistema. Pero también hemos hecho énfasis en que éste es sólo el aspecto cuantitativo del sujeto histórico de lucha. Un aspecto necesario, pero que, desde luego, no basta. Al aspecto cuantitativo hay que añadir el elemento cualitativo, esto es, la conciencia de clase y la voluntad de lucha que nos remite nuevamente a la necesidad de una ética social de lucha. ¿Cómo salir al paso, verbigracia, a la tendencia de todo movimiento social a ir del auge al debilitamiento? ¿Es posible impedir el cansancio de un pueblo en lucha? ¿Cómo hacer para que el ánimo no dé, a partir de cierto momento, en el desánimo? Un optimismo sin freno no puede campar en nuestras respuestas. Al parecer, no nos es dable escapar a la ley implacable del flujo y el reflujo. Pero algo se puede hacer y esto —lo que está en nuestras manos— se halla en íntima vinculación con la ética. Hemos dicho que el movimiento genera organización y la organización mo-

vimiento. En este doble proceso, cuando, al fragor de la lucha, hay llamados a organizarse y cuando las organizaciones convencen al pueblo a emprender nuevos combates, la voluntad de acción o, para ser más precisos, la ética de la humanización del hombre juega un papel central. Por eso cuando hablamos de promover la idea de la autogestión y todo lo que implica, *estamos aludiendo también a la necesidad de promover la ética*. Es necesario divulgar, propagandizar, promover la voluntad de llevar adelante las cosas. Hay que combatir denodadamente (para mencionar un hecho que ha perjudicado enormemente a la izquierda) la tendencia irrefrenable a la escisión. La ruptura debe ser la excepción, no la regla. Las organizaciones autogestivas deben dar con los mecanismos para solucionar sus diferencias, aunque sean importantes y de principios. Todo esto tiene que ver con la voluntad de cambio y la ética, como *ética de la humanización del hombre*.

En conclusión, en este texto hemos abordado el tema de la nueva situación del capitalismo y hemos propuesto la tesis de que la globalización es la verdadera fase superior de este modo de producción. Subrayamos asimismo que, la globalización capitalista no es sólo una expansión geográfica del sistema, sino una profundización y ampliación interna, nacional, del mismo. Dejamos en claro, por otro lado, que la globalización no es la negación o superación del imperialismo sino *la forma a través de la cual opera hoy en día*. También pusimos el acento en que, no de manera incidental y azarosa, sino de modo necesario y permanente, esta globalización engendra bloques que pueden contraponerse y condicionar los conflictos y las guerras que amenazan al

mundo. Hay que añadir que tampoco la globalización capitalista ha superado las crisis inherentes a la esencia de esta formación social. Estas crisis — por ejemplo, la financiera — han cambiado de forma, pero están lejos de desaparecer.

En este *Manifiesto Autogestionario* hablamos también del *nuevo sujeto histórico de lucha*, que habrá de conformarse por todas las clases y sectores sociales a los que explota, oprime o aplasta el sistema. Nos detuvimos un tanto en la explicación de que no sólo subsiste el viejo proletariado, industrial y agrícola — ubicado en la llamada esfera de la producción —, sino un numerosísimo nuevo proletariado que, gestado por la moderna economía empresarial, opera en las ramas del comercio y los servicios. Hablamos igualmente de una *tercera clase* dentro de la sociedad capitalista. Esta clase (a la que, con otros autores, hemos dado el nombre de *clase intelectual*) se divide también en vieja y nueva, por las mismas razones que el proletariado (manual) se desdobra en ambas categorías. No nos cabe la menor duda, asimismo, de que en el nuevo sujeto histórico habrán de jugar un papel señalado los *humillados y ofendidos* por el régimen imperante. Pero estamos convencidos de que el sector básico, primordial, que cargará en sus hombros el peso fundamental de la lucha será el proletariado viejo y nuevo.

Confiamos en que este nuevo sujeto histórico pugne por conformar desde ahora un *Contrapoder* — organizado como una *Nueva Internacional* — que se auto-organice y autogobierne desde ahora y encamine conscientemente sus pasos al desplazamiento del poder capitalista y la amalgama de poderes asociados a su formación social. Para hacerlo, se requiere — y de ello hemos hablado con algún detalle — del

surgimiento de una nueva organización de lucha, conformada por células sin partido (*cesinpas*), redes y redes de redes, organizadas a partir de lo que hemos denominado la *democracia centralizada*. La diferencia más notoria de esta forma organizativa con las redes simplemente confederadas — como las conciben algunos anarquistas — es la búsqueda de eficacia política. No es posible luchar efectivamente contra el capitalismo si la oposición se halla integrada por agrupaciones amorfas, indisciplinadas e incoherentes. La organización autogestiva de lucha ha de hallarse tan cohesionada como un partido político eficiente. Su diferencia con los partidos no reside en que postule y defienda la desunión o el amorfismo frente a la unión férrea o la disciplina, sino en que ella lucha por encarnar, como hemos puesto de relieve, un proyecto autogestionario que se contrapone por principio a la forma heterogestionaria de los partidos.

Aunque las masas intuyen con frecuencia que las nociones y prácticas de la solidaridad, el apoyo mutuo y la autogestión *son modos de actuar y organizarse autónomamente*, creemos en la conveniencia y en la necesidad de suscitar su idea y facilitar su realización. El propósito fundamental del presente *Manifiesto* es precisamente promover la ética de la humanización del hombre o, lo que tanto vale, coadyuvar a que surja la finalidad, el empeño, el ideal de gestar un modo de producción autogestionario, que no es otra cosa que la estructura organizativa en que puede realizarse tal sueño. Hemos dicho con antelación que toda *cesinpa* debe ser promotora, y que, aunque sus actividades se centren en otros puntos — económicos, culturales, sociales, etc. — no debe olvidarse de ser defensora y propagandista de la au-

togestión como forma de organización y vida. Hasta hemos subrayado incluso, la necesidad de que surjan algunas *cesinpas* que tengan como su tarea preeminente promover la autogestión social. Estas *cesinpas* no pueden ni deben tener ningún privilegio en la red autogestionaria constituida o en vías de constituirse. Es necesario impedir que se vuelvan una vanguardia solapada y que manden sin obedecer. La teoría de la clase intelectual y la forma organizativa autogestionaria nos ayudan a hacer imposible la aparición de un “centro” que no sea *expresión* de la democracia. Las *cesinpas* promotoras —a diferencia del centro-expresión— proponen, pero no disponen, sugieren pero no “tiran línea”. La red debe vigilar con acuciosidad y audacia que ninguna de las *cesinpas* se arroge el papel de centro dirigente. El único centro que manda, aunque manda obedeciendo es el elegido (y constantemente controlado) por las *cesinpas* que conforman una red.

Este *Manifiesto*, como dijimos, quiere unir su voz a la lucha por promover la idea de la *autogestión*. Desea poner su granito de arena en un propósito tan noble como necesario. No es el único texto con esa intención o móviles semejantes. Hay muchos escritos que se mueven en esta dirección. Pero ojalá que surjan otros más profundos, convincentes y acertados, porque la cuestión es en extremo compleja y no puede ser esclarecida por un solo documento o un puñado de ellos. Hace falta, además, la práctica y la permanente actitud de aprender de ella. Las experiencias de la lucha autogestionaria son una cantera inagotable para quienes quieren emprender el camino de la autogestión y el autogobierno.

Este *Manifiesto* tiene a la utopía como su protagonista fundamental. Sabe que la secuencia ideal: *Contrapoder*/desplazamiento del poder/modo de producción autogestionario, conduce a la humanización del ser humano y sabe que ésta es la condición fundamental para que hombres y mujeres dejen de hallarse dominados por la naturaleza, para empezar a enseñorearse sobre ella.